

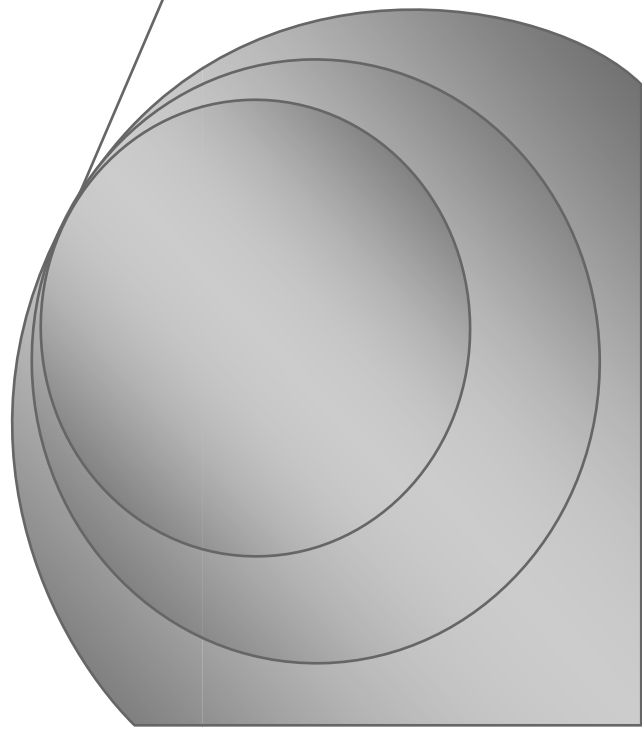


La Misa: Fuente y culmen de la vida y la misión de la Iglesia

Parroquia de la Asunción de Ntra. Sra.

Catequesis formativas sobre la Eucaristía

Curso 2007-2008



INTRODUCCIÓN A LAS CATEQUESIS

En el marco del curso 2007-2008 nuestra parroquia se sigue planteando un desafío enormemente importante: que la Eucaristía dominical que celebramos sea el verdadero motor de la vida pastoral de nuestra comunidad. En este sentido, el objetivo que el Consejo de Pastoral ha propuesto para el nuevo curso que ahora comienza es éste: La Eucaristía, fuente y culmen de la vida y del compromiso de la Iglesia.

Es importante saber que no caminamos solos, sino que lo hacemos junto a toda la Iglesia Universal a la que el Papa ha invitado a reflexionar acerca de la Santa Misa. El Papa quiere “suscitar en la Iglesia nuevo impulso y fervor por la Eucaristía”. Nos pide a todos que trabajemos para que la Misa Dominical sea el centro de toda la vida del cristiano, de la familia, de los grupos y de la Iglesia y también la fuente del compromiso de todos nosotros.

Del mismo modo, conviene recordar que no nos planteamos un objetivo que pretenda cerrarse en este curso. Ya son muchos los años en los que nos planteamos este gran reto y muchos de sus frutos pueden verse. Si nos remontamos diez años atrás, el Papa Juan Pablo II nos animaba a los cristianos de todo el mundo a prepararnos para vivir el Gran Jubileo del año 2.000. Fruto de ese trabajo, podemos contemplar satisfechos la comunión arciprestal de todas las parroquias de Torrent, la llegada a Torrent de la Mare de Déu del Pòpul o el impulso y la renovación de la catequesis de primera comunión y los movimientos de infancia, con la Catequesis Familiar. Fruto también de otro momento inolvidable, el V Encuentro Mundial de las Familias, que celebramos hace dos años, es también la celebración de la Eucaristía comunitaria de los domingos a las 11'30. Nuestra intención al promoverla era facilitar que la gran familia que es la parroquia, pueda celebrar la Eucaristía en comunidad y todos reunidos. Pero no podemos quedarnos aquí. La realidad que nos ha tocado vivir es compleja y muy rica. Cada vez más observamos cómo las familias de nuestra parroquia viven de espaldas a la Buena Noticia. Ante esta situación, nuestra parroquia no permanece impasible y buena prueba de ello es la acción con los más desfavorecidos como Cáritas, Pastoral de la Salud, Pastoral de los Mayores,

Inmigrantes y el área de Evangelización, que es el vínculo de unión de la comunidad con todo el barrio.

En la Parroquia vamos a trabajar este curso el compromiso que el Papa nos pide y desde el Consejo de Pastoral y el Grupo de Liturgia, vamos a ir impulsando y coordinando la participación de toda la comunidad parroquial. Por eso es necesario que todas las áreas, al confeccionar el programa del curso, incluyan como punto fundamental trabajar los temas que se proponen e ir asumiendo los compromisos que vayan surgiendo. Tenemos que conseguir que los temas no sean solo estudiados, sino que “toda la vida parroquial” vaya siguiendo ese ritmo de conversión.

La herramienta que ahora os presentamos¹ pretende ayudaros a que poco a poco vayamos revisando nuestras celebraciones eucarísticas a la luz del Evangelio. El método de trabajo es conocido. Las distintas catequesis plantean cuatro apartados: Oramos, Conocemos, Reflexionamos y Nos comprometemos.

A. ORAMOS

Esta parte no debería hacerse de forma rutinaria, ya que es el momento de redescubrir la presencia de Aquél que nos ha convocado y que tiene algo que decirnos. Por ello es importante preparar la oración (repartirse las partes), crear un ambiente (poner un crucifijo, la Biblia, o una vela encendida), hacer un momento de silencio...

El monitor comienza leyendo; luego se proclama la Palabra de Dios; una vez proclamada cada miembro repite la frase que más le ayuda, comparte lo que piensa que Dios quiere decirnos desde esa frase y hace una oración como respuesta a esa Palabra de Dios.

B. CONOCEMOS

Esta parte es la más doctrinal; en ella se sintetiza un bloque de la Eucaristía y se explican cada uno de los ritos y signos efectuados.

C. REFLEXIONAMOS

A partir del bloque analizado se hace una reflexión actualizada sobre el significado para nosotros de esa parte de la Eucaristía, aplicado a la vida y a nuestra parroquia.

D. NOS COMPROMETEMOS

Por último la catequesis no puede quedarse en un mero conocimiento intelectual de nuestra liturgia, sino que intenta tocar toda nuestra vida. Aquello que hemos orado, lo que se nos ha explicado y hemos conocido, aquello que hemos reflexionado juntos, debe repercutir en nuestra vida diaria.

Las preguntas de este apartado nos invitan a evaluar nuestra vida y a situarnos en una actitud de conversión que quiere concretarse en las cosas más sencillas y vitales de nuestro día a día.

¹ Para la elaboración de estos materiales se han seguido diferentes textos y escritos. Al final del temario se ha elaborado una pequeña bibliografía que podrá ayudarnos en caso de querer ampliar algún punto en concreto. Hemos intentado poner la referencia al pie de página cada vez que hemos incluido una cita textual.

Es conveniente, por último, que preparemos un calendario de reuniones y no lo vayamos dejando. En la medida que las asumamos como propias, podremos tener éxito con ellas. Los temas de las catequesis serán los siguientes:

TEMA DE LA CATEQUESIS	FECHA DE LA REUNIÓN
I. La Eucaristía, constitución de testigos del resucitado.	___ de octubre
II. Cristo resucitado habla a su comunidad.	___ de noviembre
III. La fiesta de la Navidad.	___ de diciembre
IV. La comunidad prepara las ofrendas.	___ de enero
V. La plegaria eucarística y la consagración.	___ de febrero
VI. La resurrección.	___ de marzo
VII. La comunión	___ de abril
VIII. El «<i>ite missa est</i>»	___ de mayo

TEMA I

LA EUCARISTÍA, CONSTITUCIÓN DE TESTIGOS DEL RESUCITADO

A. ORAMOS

- **Monitor:**

Comenzamos hoy, Señor, estas catequesis acerca de la Eucaristía, que nos van a acompañar durante todo el curso.

Nuestra intención es pedirle al Espíritu Santo que nos ayude poco a poco a descubrir cómo quiere el Señor que celebremos la Eucaristía dominical, para que ésta sea el verdadero motor de la parroquia y la Santa Misa se convierta en fuente y culmen de la vida y la misión de la Iglesia.

Hoy vamos a iniciar estos temas recordando que somos una comunidad de testigos del resucitado y que, como bautizados, hemos sido convocados por Cristo a su banquete.

- **Lector: Lectura del Santo Evangelio según san Juan. (Jn 20, 24-29)**

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.» Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.» Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.»

Palabra de Dios

- **Monitor: (Preces)**

A cada oración responderemos, *Espíritu Santo, acompáñanos en este camino.*

- Señor, ayúdanos a que con este curso y estas catequesis podamos renovar nuestras celebraciones de la Eucaristía y de esta forma, aprendamos a quererte más. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

- Por los grupos de la parroquia que trabajan por y para la Eucaristía: por el grupo de Liturgia que nos ayuda a celebrar; por el grupo de ministros extraordinarios de la comunión, que llevan el Cuerpo de Cristo a los enfermos y ancianos; por el área de Catequesis Familiar, que colabora con las familias para que los niños conozcan y amen a Jesús. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

- Por todos los enfermos, ancianos e impedidos que no pueden celebrar la Eucaristía en comunidad, pero que ansían el momento en el que el Señor les llega a sus domicilios. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

- Por todos los sacerdotes de nuestra parroquia y del arciprestazgo, que presiden nuestras celebraciones de la Eucaristía. Dales fuerza para seguir proclamando tu palabra. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

- Por el grupo de Adoración Nocturna. Para que el grupo crezca y llegue a las generaciones más jóvenes, de forma que todos aprendamos a amar a Jesús sacramentado. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

- Por las comunidades religiosas de nuestra parroquia, que oran por nuestra actividad pastoral de forma continua. Oremos.

Espíritu Santo, acompáñanos en este camino

Oraciones voluntarias.

- Padre Nuestro

B. CONOCEMOS

1. El domingo, día del Señor

El domingo es el primer día de la semana, es el día del Señor. Nuestros calendarios han relegado el domingo al fin de semana, le han dado un carácter de ocio y asueto. El Evangelio nos dice que el primer día de la semana, las mujeres fueron a ver el sepulcro de Cristo y lo hallaron vacío. Nosotros lo llamamos así, domingo, *dominus die*, el día del Señor, el más importante de la semana, el primero. Tiene, pues, una identidad única la fuerza necesaria para evangelizar y dar vida cristiana a toda la semana. Es un signo de identidad cristiana y de pertenencia a la Iglesia. El cristiano que no celebra el domingo, pierde su identidad y pertenencia a la Iglesia.

1.1. Es el día del Señor resucitado.

«El domingo recuerda, en la sucesión semanal del tiempo, el día de la resurrección de Cristo. Es la Pascua de la semana, en la que se celebra la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, la realización en él de la primera creación y el inicio de la “nueva creación” Es el día de la evocación adoradora y agradecida del primer día del mundo y a la vez la prefiguración, en la esperanza activa, del “último día”, cuando Cristo vendrá en su gloria»²

El domingo es “sacramento de la Pascua” es el memorial, recuerdo y actualización, de la resurrección de Cristo que nos rescata del horizonte cerrado de nuestra vida de pecado y nos levanta para mirar y vivir el Cielo. En él está encarnada toda la novedad de la novedad del misterio cristiano y se nos invita a comprender y vivir la resurrección como inicio de una nueva creación. Para vivir esa nueva creación se nos da la fuerza del Espíritu Santo. Por ello, la resurrección de Cristo no la celebramos una vez al año, en Pascua,

² *Dies Domini*, Carta apostólica de Juan Pablo II, 1998, n°1

sino que lo hacemos todos los domingos, de forma que el domingo es el día del Señor Resucitado.

1.2. Es el día de la Iglesia.

Tenemos multitud de ofertas para el ocio en domingo. En cualquier lugar aparecen centros comerciales, cines, parques de ocio, todos destinados a la consagración del consumismo. Son los nuevos templos de la sociedad. Pero los cristianos, frente a eso, debemos dar testimonio de nuestra fe celebrando juntos la Eucaristía. La Comunidad Eclesial nace y se desarrolla en la Misa Dominical, que es un lugar privilegiado de unidad. En la mesa de la Palabra encontramos la comprensión de la historia de salvación, pues es el mismo Cristo el que habla y hace que nuestros corazones ardan de amor. Y en la mesa del Pan Eucarístico, nos da la comunión con su misma vida de resucitado. Pero este banquete pascual se convierte también en un banquete fraterno. Juntos escuchamos, llamamos a Dios Padre, nos damos la paz, compartimos en la colecta nuestros bienes y nos sentimos comprometidos a evangelizar.

La tradición de la Iglesia nos habla de hermosos testimonios de santos que dieron su vida por no dejar de celebrar la Eucaristía, como en la persecución de Diocleciano. Y el Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que quien deliberadamente no celebra la Eucaristía los días de precepto, está incurriendo en un pecado grave.

1.3. Día del hombre.

La obligación de asistir a Misa nace de la necesidad que tenemos como cristianos de vivir el domingo en medio de un ambiente de recuerdo agradecido a Dios por la obra de la creación y por la resurrección de Cristo.

Cada domingo tenemos la oportunidad de volver a vivir la experiencia de los discípulos de encontrarse con su Señor vivo y resucitado, que nos trae la paz. De esta manera celebramos la nueva creación del hombre: el hombre de la esperanza, del descanso contemplativo, de la alegría, de la solidaridad.

1.4. Día de la parusía.

Por último es el día en que esperamos que de nuevo, el Señor se manifieste en toda su gloria de nuevo para crear un nuevo mundo y una nueva humanidad.

2. La constitución de la comunidad de testigos del resucitado

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.» (Hch. 2, 42-47)

Con estas palabras extraídas del libro de los Hechos damos comienzo a esta serie catequesis sobre la Eucaristía que nos van a ir ayudando – o al menos eso pretenden – a conocerla un poco mejor, a amarla y sobre todo, a vivirla más intensamente.

La elección de este pasaje inicial no ha sido al azar. Es un fragmento que nos ha acompañado durante los últimos años a nuestra comunidad parroquial. El objetivo preferente de estos cursos ha sido el llegar a ser, como las primeras comunidades cristianas, una comunidad de testigos del resucitado, que se reúne en torno a la celebración eucarística y que comparte todo lo que es y todo lo que tiene.

Tomémoslo pues, como texto-marco de este curso y tengámoslo como referente en cada una de estas sesiones y en cada una de las celebraciones de la Eucaristía.

2.1. Llamados personalmente por Cristo

En primer lugar debemos saber por qué vamos a Misa, por qué nos reunimos los domingos en torno al altar. *Eucaristía* es una palabra griega que significa “acción de gracias”. El primer motivo por el que celebramos la Eucaristía es para dar gracias a Dios. A esta acción de gracias, es Cristo quien nos convoca, el Espíritu Santo nos congrega en torno a una comunidad y Dios Padre nos da a su Hijo como sacrificio.

Por lo tanto, hemos sido llamados por Cristo a la celebración del banquete pascual. Muchas son las parábolas del Evangelio en el que Jesús hace hincapié en este aspecto. Por ejemplo Mt. 22, el banquete del hijo del rey, en el que los soldados del rey salen a los caminos a invitar al banquete. La presencia de Cristo en la Eucaristía la encontramos en la figura de su ministro, a través del cual, el Espíritu Santo consagra el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. No hay asamblea sin el ministerio de un sacerdote.

En segundo lugar, el Espíritu Santo nos reúne alrededor de una comunidad, que es la parroquia. La Eucaristía no es un sacramento individual, sino comunitario. Al reunirnos así, hacemos visible el pueblo de Dios y podemos recibir su gracia. Las personas que conformamos la comunidad parroquial no nos hemos elegido unos a otros, sino que hemos sido elegidos por Cristo para formarla. Cada comunidad, por pequeña que sea, entra en comunión con su diócesis y su obispo y con la Iglesia Universal y el Papa.

Pero, ¿quién puede participar en la Santa Misa?. Si hemos dicho que todos están invitados al banquete pascual, es cierto que debemos ponernos “el traje de boda”, que es el bautismo.

Y por último Dios nos regala a su Hijo, para que seamos sus discípulos, para que demos testimonio de Él. Para que seamos testigos del resucitado. No tiene sentido la Eucaristía que no transforma mi vida. Ése es el objetivo de este curso: La Santa Misa que es fuente de la vida y del compromiso de la Iglesia.

2.2. El templo parroquial

El lugar común de celebración de la Santa Misa es el templo parroquial. Si bien, en ocasiones puntuales la celebramos en otros lugares, como las misas en casa de enfermos en período de Navidad, o en el campamento, bajo de un pino, el lugar habitual es dentro del templo. El templo es algo más que un edificio histórico en el que las generaciones han ido dejando constancia de su fervor. Está cargado de símbolos y objetos que nos ayudan a vivir más intensamente la liturgia y que son el resultado de todas las generaciones que nos han precedido en Torrent.

En el caso de nuestra parroquia de la Asunción, el templo es de una riqueza histórica, artística, religiosa y litúrgica impresionante. Si queremos saber un poco más sobre él, podemos acudir al libro de Adrià Besó³, pero al menos es importante que nos detengamos brevemente algunos aspectos del mismo. Estos son algunos elementos del interior del templo y su significado religioso.

2.2.1. La pila del agua bendita.

Al entrar en el templo solemos hacer el signo de la cruz mojando las yemas de nuestros dedos con agua bendita. Este sencillo gesto nos recuerda que somos bautizados y que como tales podemos participar en el banquete de la Eucaristía.

³ Besó Ros, Adrià: *Una parroquia de la diócesis valentina: La Asunción de Nuestra Señora de Torrent. Siglos XIII-XX.* Parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. Torrent, 1994

2.2.2. Las capillas laterales.

Todas las imágenes de los santos y beatos que rodean el templo nos recuerdan los méritos de Cristo en las vidas de estos hombres y mujeres que han alcanzado la santidad por haberse cumplido en ellos el Misterio Pascual de Cristo y nos recuerdan que también nosotros, como bautizados, estamos llamados a la santidad. Son la iglesia triunfante, la iglesia que ya goza de la contemplación del Padre. Especialmente nos hemos de referir a la capilla de los Santos Patronos, donde tenemos las imágenes de Carlos y Germán, que ocupando los mismos bancos que ahora ocupamos nosotros, alcanzaron la gloria de Cristo en su martirio.

Del mismo modo, las diferentes advocaciones de la Virgen nos muestran el afecto y el cariño que, a lo largo de los siglos, le ha profesado a la madre del salvador nuestro pueblo.

2.2.3. El altar mayor

Preside el altar mayor la titular de nuestra parroquia, la Asunción de la Virgen que está siendo coronada por la Santísima Trinidad. A su lado, las imágenes de los patronos de Torrent, Abdón y Senén, mártires que portan en sus manos la espiga y la vida, símbolos de la Eucaristía. En la parte superior, San Vicente Mártir y San Luis Bertrán, santos valencianos, acompañan una imagen del Calvario. Y en la parte inferior, la imagen de la Mare de Déu del Pòpul, felizmente restituida al culto en nuestro pueblo, que tantas veces ha presidido la celebración de la Eucaristía de nuestros antepasados. A sus lados, los santos Pedro y Pablo, que simbolizan la pertenencia a la Iglesia Universal bajo el papado de Roma.

Toda una catequesis acerca de la parroquia de la Asunción, con su titular, bajo la advocación de los patronos de la ciudad, de la capital y de Roma. Y un detalle que pasa prácticamente desapercibido entre tanta ornamentación es la decoración de las columnas salomónicas, que llevan engarzados racimos de uva, que representan la Eucaristía.

El altar mayor, por tanto, nos dice que Torrent ha sido una parroquia que ha amado a la Eucaristía, a la que le dedica su altar.

2.2.4. El ambón

El ambón es el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios. Como veremos en las próximas catequesis, la Palabra de Dios es una Palabra viva, así que el ambón es, después de la mesa del Altar, el lugar más importante en la celebración de la Eucaristía. Cabe recordar la trascendencia que tenía la lectura de la *Toráh* en las sinagogas, que colocaban la *bamáh* (lugar donde hablaba el profeta al pueblo) en el centro mismo de la sinagoga. No es, pues, un simple atril donde se hace más cómoda su lectura o se puede ver a quien nos está leyendo. De ahí que se destine exclusivamente a la lectura de la Palabra de Dios, dejando el resto de oraciones y moniciones al atril del monitor.

2.2.5. La sede

La sede, desde la que el sacerdote preside la celebración, nos recuerda que Cristo es rey. Pero no un rey tirano y déspota que gobierna de forma absoluta a su pueblo, sino un rey que, con la mansedumbre del buen pastor, da la vida. El sacerdote preside la Eucaristía, pero no lo hace en su nombre, sino que lo hace en nombre de Cristo y en ella se sienta como signo y sacramento de Cristo.

2.2.6. La mesa del altar

La mesa del altar era en la cultura hebrea, el lugar donde se practicaban los sacrificios. Es, por tanto, el lugar donde Cristo se ofrece como víctima de salvación de nuestros pecados. Pero nosotros no permanecemos ajenos a este sacrificio, sino que, como los discípulos, nos sentamos en

torno a ella y al lado de Cristo, presente por medio del sacerdote, para participar en el banquete de la Eucaristía.

Debemos mostrar siempre un respeto a la mesa del altar, haciendo signos de veneración y reverencia, como puede ser inclinar la cabeza al pasar frente a ella.

2.3. Preparación personal

El hombre es un animal de costumbres. Cada vez que nos disponemos a hacer algo, nos preparamos, ya sea para ir a una fiesta o para ir a trabajar. Para participar en la Eucaristía también debemos prepararnos adecuadamente. Si en el pasaje que hemos comentado de Mateo, el rey increpó a uno de los invitados por no llevar el traje adecuado, debemos nosotros ponernos el traje adecuado para celebrar la Santa Misa. Ese traje consiste fundamentalmente en la lectura del Evangelio dominical y su meditación en oración. Durante los últimos años, la parroquia ha hecho un gran esfuerzo por hacer llegar el librito con los evangelios a todos los hogares y ninguna familia debe quedarse sin un ejemplar.

También es importante que redescubramos la presencia constante de Cristo-Eucaristía en el sagrario, especialmente entre los jóvenes, como una preparación para vivirla mejor, sobre todo en tiempo de Adviento y Cuaresma.

2.4. Ministerios de la comunidad

La celebración de la Eucaristía no es un espectáculo en el que hay que cuidar los detalles para que quede todo bien y sea hermoso. Los detalles y la hermosura de la misa vendrán dados cuanto mayor sea la vivencia e implicación de la comunidad que celebra estos misterios. Por ello, la participación activa en alguno de los ministerios que la Iglesia reserva a los laicos es una responsabilidad importante dentro de la comunidad. Nuestra parroquia cuenta con un equipo de personas que coordina estos aspectos, el área de Liturgia, pero no podemos delegar en ellos estas cuestiones, pues son deber de toda la comunidad.

Dentro de estos ministerios, destacamos el de lector, monitor, monitor de cantos, ostiario y pasar la bandeja de la colecta. Todas estas funciones, igual de dignas, deben cumplirse con el mayor de los respetos, servicio y amor a la Eucaristía. Pero especialmente el de ostiario es el que más hemos de cuidar. Antiguamente esta labor estaba encargada a algún religioso que se encargaba de abrir y cerrar la puerta del templo y acoger a las personas que en él entraban. A esta función estamos todos llamados, en especial en las celebraciones de la Eucaristía en las que recibimos a personas que no son habituales de nuestra comunidad.

2.5. Los ritos iniciales

Llamamos así a los ritos con los que damos inicio a la celebración de la Eucaristía. Podemos señalar cinco:

2.5.1. Canto de entrada

Normalmente recibimos al sacerdote con un canto de entrada. Ya se ha visto la importancia del canto en la liturgia. San Agustín decía que “quien canta ora dos veces”. Este canto pretende reunir a toda la comunidad al unísono en el comienzo de la Eucaristía: toda la comunidad con un solo corazón se dispone a celebrar el memorial de la muerte del Señor.

2.5.2. Saludo del celebrante

A continuación el sacerdote, que besa el altar en señal de veneración, hace la señal de la cruz junto a la asamblea. Seguidamente el celebrante saluda a los reunidos en la Misa con la fórmula “El Señor esté con vosotros”. De esta forma, está claro que es el propio Cristo quien nos ha

convocado, no hemos sido nosotros los que nos hemos invitado, ha sido el Señor quien lo ha hecho y nosotros hemos aceptado.

2.5.3. Acto penitencial

Pero antes de dar inicio al banquete de la Eucaristía, Jesús nos recordó que debemos estar en paz con el hermano y con el propio Dios. Diferentes fórmulas están establecidas en la liturgia para hacerlo: desde la oración del *Yo confieso*, a las peticiones de perdón elaboradas de antemano o espontáneas, o incluso la letanía en griego del *Kyrie*. Conviene destacar que este acto penitencial, en ningún caso puede sustituir al sacramento de la reconciliación.

2.5.4. Gloria

El canto del Gloria, reservado sólo para la celebración de la Eucaristía dominical, excepto en los tiempos de Adviento y Cuaresma, es un himno que comienza con el canto de gozo que expresaron los ángeles en la noche del nacimiento de Jesús y muestra la alabanza que mostramos a Dios por su gloria, nos remite a Cristo como Cordero de Dios, pide al Señor que atienda nuestras súplicas y termina con una invocación a la Santísima Trinidad.

Es importante que el himno del Gloria se cante, siempre que sea posible y que toda la comunidad participe de este canto, pues la alabanza surge de todos los feligreses, no sólo del sacerdote o del coro.

2.5.5. Oración colecta

Un error común entre la gente es creer que la oración colecta es la oración previa a pasar la bandeja. Nada más lejos de la realidad. La oración colecta es la oración a la que nos invita a unirnos el sacerdote a toda la comunidad, a todo el colectivo, de ahí su nombre. Por eso, el sacerdote comienza esa invitación con el "*Oremos*" para dejar un momento de silencio, en el que la comunidad hace su oración personal. Después, el sacerdote, con los brazos extendidos en señal de recoger toda esa oración, presta su voz a la oración colectiva y reúne todas las oraciones en una propia que la dirige al Padre, por medio de Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo.

C. REFLEXIONAMOS

En ocasiones organizamos todo el fin de semana desde el ocio personal y vamos dejando relegado nuestro encuentro con Cristo. Sin embargo, en las encuestas que la parroquia trabajó a final de curso, la mayoría de las respuestas afirmaban que el verdadero motivo por el que acudimos a la celebración de la eucaristía es para tener un encuentro con Cristo resucitado. Ya se ha visto que no somos nosotros los que lo hemos decidido, sino que hemos sido llamados por el propio Cristo. A esta convocatoria hemos respondido un sí que nos compromete. Sin embargo, nuestro sí es débil, y nos dejamos llevar por nuestras comodidades: "iré a Misa y ya estoy quieto", "vamos pronto a Misa y ya estamos libres", "a esta hora o a esa parroquia, no, porque el cura la hace muy larga y pesada" son comentarios que nos surgen de forma espontánea cuando hablamos de la celebración más importante del cristiano. Del mismo modo, hemos de plantearnos cuál es el sitio más adecuado para sentarnos dentro del templo. En cualquier celebración civil procuramos los mejores lugares, pero en Misa nunca buscamos el sentarnos cerca del altar, y nos alejamos de él. ¿Por qué tenemos esta actitud?

La celebración de la Eucaristía es lo más importante para nosotros, por ello es fundamental cuidar estos detalles: la preparación previa y personal de cada uno de nosotros es importante para ayudarnos a vivir mejor el banquete de la Eucaristía. Llegar con puntualidad, buscar un buen lugar que me ayude a celebrar mejor, saludar a las personas que van a compartir conmigo esta fiesta y un momento de oración y

meditación antes de comenzar la Eucaristía son algunas de las actitudes que nos pueden ayudar. También debemos recordar el respeto que en este momento debemos observar: apagar el móvil y no aprovechar el tiempo de silencio, que es preparación, para estar charlando por entre los bancos.

Los ritos iniciales permiten que la comunidad haga esa preparación que hemos comenzado con la preparación personal. La monición y el canto de entrada nos ayudan a entrar en la dinámica de la celebración y debemos participar en ellos con nuestra atención y nuestra voz.

Por último, las peticiones de perdón podemos hacerlas nuestras si aprovechamos para hacer un pequeño examen de conciencia antes de participar en la Eucaristía.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *¿Por qué celebro la Eucaristía? ¿Qué valor tiene en mi vida?*
- b) *¿Cómo me preparo yo personalmente para celebrar la Eucaristía?*
- c) *¿Qué lugar suelo escoger para participar en la Eucaristía? ¿Me ofrezco para algún ministerio: monitor, cantor, lector...?*

NOTAS

TEMA II

CRISTO RESUCITADO HABLA A LA COMUNIDAD

A. ORAMOS

- **Monitor:**

Después de los ritos iniciales, con los que damos comienzo a nuestras celebraciones, nos disponemos a escuchar la Palabra de Dios en la Liturgia de la Palabra.

En esta parte de la Misa vamos a establecer un diálogo con Dios: Dios nos hablará en la primera lectura y nosotros le contestaremos con el Salmo. Volverá a hablarnos en la Segunda y le responderemos con el Aleluya. De nuevo nos hablará en el Evangelio y nosotros le imploraremos con la oración universal.

Que el estudio y reflexión de esta catequesis nos ayude a establecer un verdadero diálogo diario de oración con Dios.

- **Lector: Lectura del Santo Evangelio según San Mateo, 13,1-23**

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas:

«Salió el sembrado a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga.» [...]

Vosotros oíd lo que significa la parábola del sembrador: Si uno escucha la palabra del Reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o una persecución por la palabra, sucumbe. Lo sembrado entre zarzas significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ése dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno.

- **Monitor:**

A cada oración responderemos, *Habla, Señor, que tu siervo escucha.*

- Por todas las personas que han desoído la Palabra de Dios o que habiéndola oído, han decidido no ponerla en práctica, para que nuestro testimonio y ejemplo pueda hacerles volver a conocer al Señor. Oremos.

Habla, Señor, que tu siervo escucha.

- Porque en cada ocasión que escuchemos la Palabra de Dios, aunque no sea la primera vez que lo hagamos, seamos capaces de volver a conmovernos y descubrir qué es lo que Dios nos pide ahora. Oremos.
Habla, Señor, que tu siervo escucha.

- Por todas las personas que han hecho de la lectio divina su forma de oración diaria. Para que su oración sea semilla de nuestra intención por conocer mejor la Palabra de Dios. Oremos.
Habla, Señor, que tu siervo escucha.

- Por todos los sacerdotes que proclaman la Palabra de Dios en lugares donde están perseguidos por la ley o se ha prohibido el culto. Para que no desfallezcan en su llevar la Palabra a todos los hombres del mundo. Oremos.
Habla, Señor, que tu siervo escucha.

- Para que nosotros, allá en nuestros ambientes, familias y lugares de trabajo, seamos transportadores de la Buena Noticia de Jesús, llevando su palabra con nosotros. Oremos.
Habla, Señor, que tu siervo escucha.

Peticiones voluntarias.

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. Cristo resucitado habla a la comunidad

Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la palabra: la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen. Pues en las lecturas, que luego explica la homilía, Dios habla a su pueblo," le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual; y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles." Esta palabra divina la hace suya el pueblo con el silencio y los cantos, y muestra su adhesión a ella con la profesión de fe; y una vez nutrido con ella, en la oración universal hace súplicas por las necesidades de la Iglesia entera y por la salvación de todo el mundo.

La liturgia de la palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación y, en consecuencia, hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. Estos momentos de silencio pueden observarse, por ejemplo, antes de que se inicie la misma liturgia de la palabra, después de la primera y la segunda lectura, y una vez concluida la homilía.⁴

⁴ Ordenación General del Misal Romano (OGMR), 2002. N° 55

1.1. La liturgia de la Palabra

La primera parte de la liturgia propiamente dicha, pues los ritos iniciales son preparatorios para comenzar la Eucaristía, corresponde a la escucha de la Palabra de Dios. La liturgia de la Palabra es un diálogo entre Dios y nosotros: Dios nos habla con su palabra en la primera lectura, nosotros le respondemos con el salmo; de nuevo nos vuelve a hablar con las epístolas del Nuevo Testamento en la segunda lectura y le respondemos cantando el Aleluya; por último, nos vuelve a hablar en el Evangelio, a lo que respondemos con la oración de los fieles.

Estas lecturas se estructuran de dos modos: el leccionario ferial (días laborales) y el dominical (domingos y festivos). Nosotros nos vamos a basar especialmente en la liturgia de la palabra del domingo. Estas lecturas se agrupan en tres ciclos, A, B, C, que corresponden a los evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas. ¿Y el evangelio de Juan? Se reserva a los domingos de Pascua, en algunas de Cuaresma y en otras festividades.

Pero, podríamos preguntarnos por qué las tres lecturas provienen exclusivamente de la Sagrada Escritura y no de una encíclica del Papa o de un padre de la Iglesia. Hay que tener en cuenta que la Eucaristía no es una celebración cualquiera, sino que es el acto por excelencia de la Iglesia, que reunida por el Espíritu recibe a Cristo que nos otorga la palabra de Dios y su cuerpo y su sangre como alimento.

Exceptuando el Evangelio, las demás lecturas no forman parte del oficio presidencial del sacerdote, de modo que puede ser uno de los fieles que participa en la Eucaristía el que lo haga. El lector, en el ejercicio de este ministerio que le ha encomendado la Iglesia, se convierte en canal de Dios para sus hermanos. Por ello, es muy importante la dignidad y la responsabilidad con la que se ha de ejercer esta labor, preparándose de antemano y haciéndolo con el mayor de los respetos.

- La Primera lectura
La primera lectura está tomada del Antiguo Testamento, excepto en tiempo de Pascua, que se toma del libro de Hechos. El tema de esta primera lectura siempre está relacionado con el Evangelio. De esta forma vemos cómo la historia de salvación de los hombres hunde sus raíces en la historia sagrada y llega a su culmen con Cristo.
- El Salmo responsorial
Popularmente se cree que el Salmo es simplemente un “intermedio” de las lecturas. Tan es así que muchas veces, a pesar de repetir la antífona, somos incapaces de recordar su contenido al salir de la iglesia. “lo que los demás libros cuentan, los salmos cantan”⁵. Es conveniente que el salmo sea cantado, pues ése fue su origen al escribirlo. Esta condición no siempre es posible llevarla a cabo y en ese caso, conviene que el lector lo recite con la entonación y pausas adecuadas, como si de un poema se tratase – en realidad se trata de un poema -. El salmo siempre está relacionado con la primera lectura.
- La Segunda lectura
Normalmente leemos la segunda lectura extraída de uno de los libros del Nuevo Testamento excepto del Evangelio. Lo más común es que se trate de alguna carta apostólica. En estas cartas se pretende que tengamos presente la vida de las primeras comunidades cristianas, con sus virtudes

⁵ OGMR (2002) nº 61.

y defectos, para que la Palabra de Dios vaya fructificando en cada uno de nosotros.

- El Aleluya

La palabra aleluya es de origen hebreo y significa “Alabad a Dios”. El sentido que tiene hacerlo antes de proclamar el evangelio es reconocer a Cristo que va a hablarnos por medio de su palabra. Por ello es imprescindible que se cante de pie y que lo entone toda la comunidad, no sólo los coros o grupos musicales que animan el canto en la celebración. El Aleluya se canta en todos los tiempos litúrgicos, fuera de la Cuaresma, en que se sustituye por un canto interleccional.

- La proclamación del Evangelio

«La proclamación del Evangelio constituye la culminación de la Liturgia de la palabra. La misma Liturgia enseña que se le debe tributar suma veneración, ya que la distingue por encima de las otras lecturas con especiales muestras de honor, sea por razón del ministro encargado de anunciarlo y por la bendición u oración con que se dispone a hacerlo, sea por parte de los fieles, que con sus aclamaciones reconocen y profesan la presencia de Cristo que les habla, y escuchan la lectura puestos en pie; sea, finalmente, por las mismas muestras de veneración que se tributan al Evangelio⁶.»

Antes de escuchar la proclamación del Evangelio nos ponemos de pie debido a la importancia de quien va a hablarnos, que es el mismo Cristo. El propio sacerdote se prepara con una oración privada mientras hace la reverencia al altar. El diácono puede proclamar el Evangelio, por lo que le pide la bendición al sacerdote para poder realizarla.

El ministro entabla un diálogo con los fieles (“El Señor esté con vosotros”) que nos indica que el Señor se va a hacer presente en nuestra comunidad. Durante la lectura, el sacerdote indica el libro que va a ser leído, a lo que el pueblo responde “Gloria a Ti, Señor”. Cuando finaliza, el sacerdote o el diácono invita a aclamar de nuevo a los fieles que responden “Gloria a Ti, Señor Jesús”.

Es importante que antes de comenzar la reflexión con la homilía se deje un pequeño tiempo para que la comunidad medite las palabras que se han pronunciado en el Evangelio.

- La homilía

Esta palabra griega significa “reunión”, donde deriva la idea de encuentro familiar para escuchar la Palabra de Dios. La homilía es la explicación de las lecturas de la Sagrada Escritura. No sólo ha de servir para explicar la Palabra de Dios, sino para aplicarla a la vida de los fieles y de la comunidad. El Concilio Vaticano II mandó que se hiciera en todas las misas de los domingos y fiestas y lo recomendó para algunos días laborables de Cuaresma y Adviento o cuando hubiera una gran presencia de fieles en el templo.

Cuando termina, el sacerdote deja un pequeño tiempo de silencio para meditar al pueblo..

⁶ OGMR (2002) nº 60.

- La profesión de fe
Antes de concluir esta parte de la Liturgia, el sacerdote invita al pueblo a proclamar su fe con el rezo del Credo. De esta forma, damos respuesta a lo que Dios nos ha pedido en la Palabra. Existen dos versiones de esta oración, una más breve, el *Credo de los apóstoles*, y una un poco más extensa, el de *Nicea-Constantinopla*. Ambas se pueden usar indistintamente.
- La oración de los fieles
Se llama así porque es la oración que dirigen todos los bautizados para que Dios atienda nuestras necesidades. Hasta el Vaticano II había caído en desuso, pero el concilio la restituyó.
El sacerdote invita a la comunidad reunida a orar y concluye la oración, pero cada una de las peticiones que se formulan pueden leerlas los fieles.

1.2. Saber escucharla

A los niños de catequesis se lo hemos dicho muchas veces: Para poder escuchar la Palabra de Dios necesitamos tener bien abiertos los oídos y el corazón, y cerrar la boca. Este sencillo gesto los niños lo aprenden bien, pero a los mayores nos cuesta más entenderlo. Es cierto que el silencio y el respeto reinan en nuestras celebraciones, pero, ¿tenemos abierto el corazón?

Sin silencio interior no hay escucha. Muchas cosas impiden ese silencio interior, desde nuestros propios prejuicios “esto ya lo hemos oído” hasta nuestros propios problemas que solapan la escucha de la Palabra de Dios o la homilía.

Ya hemos observado la importancia de preparar previamente las lecturas en casa, dedicándoles un tiempo de oración y meditación, si es posible, en familia. En la medida que abro mi corazón y lo hago permeable, la Palabra de Dios cala en él. Recordemos la parábola del sembrador (Mt. 13, 1-23).

1.3. La palabra creadora ilumina nuestra vida y le da sentido

La liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística —además de los ritos de introducción y conclusión— « están estrechamente unidas entre sí y forman un único acto de culto ». En efecto, la Palabra de Dios y la Eucaristía están intrínsecamente unidas. Escuchando la Palabra de Dios nace o se fortalece la fe (cf. Rm 10,17); en la Eucaristía, el Verbo hecho carne se nos da como alimento espiritual. Así pues, « la Iglesia recibe y ofrece a los fieles el Pan de vida en las dos mesas de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo ».⁷

La Eucaristía se fundamenta en la mesa de la palabra y la mesa del altar. La Palabra de Dios fortalece nuestra fe y la Eucaristía es nuestro alimento espiritual. No podemos prescindir de uno de ellos. En el sentido en que hacemos la Palabra de Dios nuestra, ésta se convierte en nuestra palabra, y nuestra palabra nace de la Palabra de Dios. De esta forma, nuestras actuaciones están en sintonía con el pensamiento de Dios, y nuestro querer es un querer con Dios. Como creyentes, que en la fe pensamos con el pensamiento de Dios y queremos con la voluntad de Dios, no podemos ser más que hombres y mujeres que aman, como Dios nos ama.⁸

⁷ Exhortación apostólica postsinodal sobre la Eucaristía. Benedicto XVI, 2007. N°44

⁸ *Deus caritas est*. Benedicto XVI, 2005.

C. REFLEXIONAMOS

Hemos visto que la Liturgia de la palabra se establece como un diálogo entre Dios y la Iglesia. Pero para que haya un diálogo, se precisan de dos personas que hablen y escuchen. Si acudimos a la celebración de la Eucaristía por rutina u obligación o pensando en acabar cuanto antes, cerraremos nuestro corazón a ese diálogo y Dios no podrá interpelarnos. Otras veces, en cambio, son nuestros pensamientos interiores y nuestras inquietudes las que nos impiden mantener esa actitud de escucha durante la proclamación de las diferentes lecturas o simples despistes que hacen que perdamos la atención de lo que estamos haciendo. En el tema anterior estuvimos hablando de la preparación para celebrar dignamente la Eucaristía, conviene tenerlo en cuenta de nuevo: leer previamente las lecturas en casa, llegar con puntualidad, sentarnos en un lugar que me permita seguir la celebración, mantener silencio...

Uno de los ministerios que nos reserva la Iglesia a los laicos es el de lector. En nuestra parroquia disponemos de un grupo de personas encargadas de dinamizar y coordinar las celebraciones de la Eucaristía, sin embargo, no podemos delegar en ellos toda la responsabilidad de leer las lecturas o de hacer de monitor de las misas. En la medida de lo posible, debemos ser toda la comunidad la que participe de este ministerio, mostrando nuestra disponibilidad y servicio, preparándonos bien y proclamando las lecturas con gran respeto y amor por la Palabra de Dios.

La palabra de Dios es una palabra viva y que ilumina nuestra vida, sin embargo, ¡cuántas veces la arrinconamos en un lugar donde no nos moleste! Ese lugar suele estar lejos de nuestros trabajos u ocupaciones diarias, de nuestras aficiones o incluso de nuestra familia. La Palabra de Dios tiene un mensaje claro y está destinada a todos, incluso a los que no participan en la Eucaristía. El testimonio que debemos dar nosotros con nuestras actuaciones diarias debe servir para acercar la Palabra de Dios a todos los alejados, es nuestra misión como bautizados.

El Credo es una oración, que a fuerza de repetirla, parece que olvidamos su significado. Es la respuesta que como cristianos damos a la palabra que Dios nos ha dicho. Nos compromete, pues recuerda el compromiso que adquirieron nuestros padres en el bautismo y que hemos ido renovando, especialmente con la confirmación. Los gestos y las posturas que adoptamos en este momento de la Misa son importantes: Por un lado estamos sentados escuchando las lecturas. Por otro lado, nos ponemos en pie para escuchar la Palabra de Dios en el Evangelio. Volvemos a sentarnos para que el sacerdote actualice en nuestra vida el texto leído y por último proclamamos nuestra fe con el Credo, de nuevo de pie. Este levantarse y sentarse puede parecer agotador o molesto, pero es importante recordar que es de pie como mejor mostramos respeto delante de Dios y una actitud de atenta escucha, mientras que cuando estamos sentados representamos una postura de paz, de escucha tranquila y paciente y sobre todo, de meditación y concentración.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *Mi vida de oración: ¿cómo preparo en casa la Palabra de Dios?*
- b) *¿Con qué actitud de corazón la escucho?*
- c) *¿Cómo procuro llevar a la práctica lo que Dios me ha dicho? ¿cómo procuro vivirlo durante todo el día y toda la semana?*

NOTAS

TEMA III

LA FIESTA DE LA NAVIDAD

A. ORAMOS

▪ **Monitor:**

Al llegar la fiesta de la Navidad, hacemos un pequeño parón en el itinerario eucarístico, para detenernos en lo que supone el nacimiento de Jesús, a la luz del Evangelio que hemos proclamado en la Liturgia de la palabra. Durante toda la historia de salvación, Dios no ha dejado de decirnos, por medio de los profetas, que enviará a su Hijo para redimirnos. El misterio más grande en la historia de la humanidad está a punto de cumplirse: Dios se hará hombre. Que este tiempo de preparación para la Navidad y la propia celebración del nacimiento de Cristo nos ayude a descubrir y amar su palabra.

▪ **Lector: Lectura del Santo Evangelio, según San Juan (Jn. 1,1-14)**

*En el principio existía la Palabra
y la Palabra estaba con Dios,
y la Palabra era Dios.
Ella estaba en el principio con Dios.
Todo se hizo por ella
y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.
En ella estaba la vida
y la vida era la luz de los hombres,
y la luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la vencieron.
Hubo un hombre, enviado por Dios:
se llamaba Juan.
Este vino para un testimonio,
para dar testimonio de la luz,
para que todos creyeran por él.
No era él la luz,
sino quien debía dar testimonio de la luz.
La Palabra era la luz verdadera
que ilumina a todo hombre
que viene a este mundo.
En el mundo estaba,
y el mundo fue hecho por ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa,
y los suyos no la recibieron.
Pero a todos los que la recibieron
les dio poder de hacerse hijos de Dios,
a los que creen en su nombre;
la cual no nació de sangre,
ni de deseo de hombre,
sino que nació de Dios.*

*Y la Palabra se hizo carne,
y puso su Morada entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria,
gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y de verdad.*

Palabra de Dios

▪ **Monitor:**

A cada oración responderemos, *Que te acojamos en nuestro corazón, Señor, en esta Navidad.*

- Por las personas a las que primero se revelaría el Señor ahora: por los marginados, inmigrantes, enfermos, toxicómanos, que son a los que hemos dejado en los últimos lugares de nuestra sociedad. Oremos.

Que te acojamos en nuestro corazón, Señor, en esta Navidad.

- Por las áreas de nuestra parroquia que trabajan por construir el Reino de Dios en un mundo roto y de exclusión: Por Cáritas, por Inmigrantes, por las áreas de Pastoral de la Salud y de los Mayores. Oremos.

Que te acojamos en nuestro corazón, Señor, en esta Navidad.

- Porque en esta fiesta de Navidad, nuestra celebración sea un signo de nuestro estilo de vida evangélico y no caigamos en la tentación del consumismo y el hedonismo. Oremos.

Que te acojamos en nuestro corazón, Señor, en esta Navidad.

- Para que en esta Navidad tengamos momentos de oración en familia ante el nacimiento. Oremos.

Que te acojamos en nuestro corazón, Señor, en esta Navidad.

Peticiones voluntarias

▪ **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. La fiesta de la Navidad

«Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos días últimos nos ha hablado por medio del Hijo, a quién constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo» (Hb 1,1-2).

Cercana ya la fiesta de la Navidad, nos detenemos en el estudio de la Liturgia de la Palabra para actualizar el texto de "El verbo se hizo carne". Y es que el anuncio que Dios prometió a Abraham, a Moisés y que los profetas anunciaron durante siglos está a punto de cumplirse. Dios, que nunca nos abandonó desde el principio de los días, nos ha estado iluminando con su palabra. Ahora esa palabra toma vida. Es importante que descubramos que, en nuestra historia de salvación, también Dios ha ido iluminándonos con su Palabra.

1.1. La palabra se hizo carne

"En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1 Jn 4, 9). "

Ya hemos visto que la primera parte de la celebración eucarística es un diálogo entre Dios y nosotros. Dios se nos comunica a través de su Palabra y nos abre su misterio. De este modo, con la celebración de la Navidad, hacemos patente que la palabra de Dios, que proclamamos en la Misa, se hecho carne y viene a acompañarnos, para salvarnos reconciliándonos con Dios. Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada. El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios.

No creemos en un Dios reservado que, en su trono, se encierra en su propia felicidad, indiferente al sufrimiento del ser humano, como dicen muchos ahora. Creemos en un Dios-amor que decidió un día crear al hombre para disfrutar de su felicidad con él. Y, tan pronto le dio la vida, comenzó a revelarle su amor, hablándole a través de todas las cosas creadas e invitándole a una comunión íntima con él. Pero el hombre no siempre ha aceptado esa oferta de amistad y ha roto las relaciones con Dios, separándose de Él, dividiéndose entre sí y dañándose. Pero Dios no quería dejar así las cosas y, desde el principio también, ha seguido insistiendo en la oferta y cuidando del género humano, sin abandonarlo nunca a su suerte.

Así que un día Dios comenzó a hablar de nuevo con el hombre con palabras humanas para ofrecerle de nuevo su amistad: comenzó lo que llamamos «historia de la salvación». Empezó dirigiéndose a personas concretas, Abrahán, Isaac, Jacob, llamándolas por su propio nombre, prometiéndoles un futuro mejor y, sobre todo, proponiéndoles una alianza de amor. Llegó un día en que el grupo de amigos de Dios constituyeron todo un pueblo. Y entonces Dios los liberó de la esclavitud histórica en que vivían y pactó con ellos una alianza colectiva que les convirtió en el «pueblo de Dios», propiedad suya y portador de la esperanza para toda la humanidad. A este pueblo Dios le fue revelando su rostro y sus planes a través de unos portavoces, los profetas, que, inspirados por Dios, fueron capaces de traducir en palabras humanas su lenguaje inefable. La palabra divina a través de los profetas fue capaz de iluminar oscuridades, de convertir infidelidades y, en definitiva, de madurar la relación de amistad gracias al amor siempre fiel, compasivo y misericordioso de Dios.

1.2. Emanuel = Dios con nosotros

Pero llegó un día en el que la comunicación divina dio un cambio totalmente inesperado, aunque preparado por Dios e intuido por el hombre: Dios se presentó ante el hombre en la persona de su Hijo, él único que lo conocía. Este Hijo se hizo uno de nosotros y vivió entre nosotros. En él, que es su Palabra, Dios nos lo ha dicho ya todo lo que quería decirnos. De modo que todas las palabras anteriores aparecen como preparación de esta última y solo en ella alcanzan su última significación. Pero en Jesús, Dios, no solamente nos lo ha dicho todo, sino que nos lo ha dado todo: se ha dado a sí mismo. Es verdaderamente Dios con nosotros. Y con ello nos ha abierto su propia vida para que podamos entrar en ella. A partir de este momento, todos los que crean en el Hijo y lo reciban en su vida, serán constituidos hijos de Dios y partícipes de la vida divina.

Esta historia de amor entre Dios y la humanidad sigue y en ella entramos todos, en nuestra propia historia, se reproduce de algún modo todo lo que acabamos de recordar. Hemos sido creados para ser amigos de Dios. Nos ha llamado personalmente. Nos ha insertado en su pueblo, dentro de una comunidad, para liberarnos de nuestra esclavitud. Nos ha invitado e iluminado constantemente por su palabra. Y nos ha llamado por Jesús, que se ha hecho presente en nuestra vida, nos dirige su mensaje y nos ofrece su amistad. Sí, la historia que narra la Biblia es también mi propia historia y la tuya. Es nuestra historia de salvación.

La primera parte de la celebración eucarística nos invita a reflexionar sobre la importancia de la palabra de Dios en nuestra vida. Esa Palabra que se plasma en la Sagrada Escritura, que es inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, y que nos transmite la palabra del mismo Dios a través de las palabras de los Apóstoles y Profetas. Por eso la Iglesia venera la Sagrada Escritura como lo hace con el Cuerpo de Cristo y la considera como «sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual»⁹.

No es extraño, pues, que la Iglesia nos recomiende insistentemente la lectura asidua de la Escritura para que adquiramos la ciencia suprema de Jesucristo, «pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».¹⁰ Nosotros hemos convertido esta recomendación en una de las orientaciones fundamentales de nuestra vida.

1.3. La vida de oración hace que Cristo se haga carne en nosotros.¹¹

La escucha de la Palabra de Dios precisa de dos actitudes fundamentales:

- *Humildad y espíritu de fe.* Es palabra de Dios y, por tanto, la recibimos con espíritu abierto, con confianza total y dispuestos a obedecerla.
- *Usando la inteligencia para entenderla.* No se trata de conformarme con lo que me parece a primera vista, o con lo que me interesa, sino que me he de esforzar por captar su auténtico significado. Y para ello, necesitare hacer las siguientes operaciones
 - Intentar conocer lo que los autores humanos quisieron decir; para ello habré de tener en cuenta el tipo de escrito (no es lo mismo una poesía que un relato histórico), y los modos de pensar y expresarse de aquella época. Para esto me servirán mucho las introducciones y notas que traen las Biblias, así como algún buen comentario.
 - Prestar atención a la unidad de toda la Escritura: aunque haya muchos libros y muy distintos, siempre me habla el mismo Dios para comunicarme un único designio, del que Jesús es el centro y el corazón. Por eso los cristianos siempre leemos la Escritura desde Jesús, que es la Palabra definitiva y que las explica todas.
 - Leer la Escritura en la Tradición viva de la Iglesia: la Sagrada Escritura ha surgido desde el pueblo de Dios y para él. Por eso sólo se puede entender desde la Iglesia, que es la memoria viva de la palabra de Dios y la que goza de la asistencia del Espíritu Santo para interpretarla.
 - Estar atento a la unidad entre todas las verdades que me enseña, dentro del proyecto total de la Revelación: Dios no me puede decir cosas dispares o contradictorias. Lo que sí puede ocurrir, y de hecho ocurre, es que nos vaya diciendo las cosas progresivamente, como hace cualquier buen pedagogo.

C. REFLEXIONAMOS

Para poner en práctica estas actitudes que acabamos de trabajar, la tradición cristiana ha ido elaborando un método práctico de lectura personal de la palabra de Dios para que nos sirva de alimento para nuestra vida. Es lo que llamamos «**lectio divina**». En

⁹ *Dei Verbum*, 21. Concilio Vaticano II.

¹⁰ *Dei Verbum*, 25. Concilio Vaticano II.

¹¹ Para la elaboración de este apartado hemos seguido a Miguel Payà, *El banquete del Señor, itinerario eucarístico*.

nuestra parroquia ya la conocemos, pero es importante que recordemos los distintos pasos de que consta:

1. *Lectura:* Esforzarme por comprender lo que ahí se dice y quién lo dice. Es un momento de total apertura y disponibilidad a lo que Dios quiere decir en ese texto.
2. *Meditación:* Y eso ¿qué me dice a mí? Aquí ya se trata de conectar la palabra objetiva de Dios con mis conocimientos, experiencias y necesidades. Porque lo que Dios dijo hace muchos siglos, me lo quiere decir ahora a mí, persona concreta y que vivo en una situación concreta.
3. *Oración:* Orar es dialogar con Dios de tú a tú. Él me ha hablado primero y ahora espera una respuesta coloquial por mi parte. Le comento mis sentimientos, mis dudas, mis necesidades.
4. *Contemplación:* Ya no necesito palabras, me quedo gustando simplemente de la presencia y la mirada amorosa de Dios. Es disfrutar de estar con él.
5. *Acción:* La palabra de Dios y la oración tienen siempre una efectividad inmediata porque nos cambian el corazón, de donde nacen todas nuestras actitudes. Pero, además, una palabra concreta de Dios nos puede pedir un determinado comportamiento, un compromiso de vida. En ese caso, no basta con la respuesta oral que le hemos dado en la oración; Dios espera también una respuesta vital.

Para este tiempo de Navidad que estamos a punto de iniciar y como un compromiso del Adviento, podríamos cuidar especialmente la parte que hemos explicado. Seguirla con atención, fijarnos bien cómo se hace y, sobre todo, procurar tener las actitudes adecuadas. Para esto último, convendría que en nuestra preparación inmediata hiciéramos un acto interior: «Señor, dínos hoy lo que quieras para este momento de nuestra vida. Estamos dispuestos a escucharte y a hacerte caso».

Del mismo modo, el colocar un nacimiento en un lugar preferente en nuestra casa nos va a ayudar a vivir la presencia real del Cristo encarnado. Y que éste sea un lugar donde la familia pueda orar de forma conjunta, adquiriendo todos un compromiso en cada una de las semanas de Adviento y Navidad.

Por último, debemos recordar la fortuna que tenemos por poder celebrar el nacimiento de nuestro Señor en comunidad. Pero no todas las personas pueden hacerlo. Hay muchos enfermos y ancianos en nuestra parroquia que permanecen en sus casas impedidos. Nuestra comunidad propone un hermoso gesto saliendo a celebrar la Eucaristía de Navidad en las casas de los enfermos y en las residencias de mayores. ¡Comprometámonos ahora como grupo!

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *En mi hogar, en mi familia, ¿cómo nos preparamos para la celebración del nacimiento del Señor?, ¿Quién marca los tiempos, el calendario litúrgico o las campañas de televisión?*
- b) *¿Con qué compromisos me estoy preparando a este nacimiento?*
- c) *A veces los signos son importantes: la decoración de mi casa en estas fechas, las tarjetas de Navidad que envío a mis amigos, mi propia forma de celebrar la Navidad, ¿qué dice de mí?*

NOTAS

TEMA IV

LA COMUNIDAD PREPARA LAS OFRENDAS

A. ORAMOS

▪ **Monitor:**

Pasado el tiempo de Navidad y habiendo estudiado ya los ritos iniciales y la Liturgia de la Palabra, nos disponemos a adentrarnos en la reflexión acerca de la parte de la Misa en la que Cristo se convertirá en nuestro alimento. En esta ocasión el tema es la presentación de las ofrendas, el momento en que presentamos a Dios el pan y el vino y con ellos toda nuestra vida para que las consagre. Que este momento de oración nos ayude a descubrir qué aspectos de nuestra vida queremos presentarle al Señor como oblación para que los consagre.

▪ **Lector: Lectura del Santo Evangelio según San Mateo. (Mt. 14, 14-20)**

Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos. Al atardecer se le acercaron los discípulos diciendo: «El lugar está deshabitado, y la hora es ya pasada. Despide, pues, a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren comida.» Mas Jesús les dijo: «No tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer.» Dícenle ellos: «No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.» Él dijo: «Traédmelos acá.» Y ordenó a la gente reclinarsse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente. Comieron todos y se saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes doce canastos llenos.

Palabra de Dios

▪ **Monitor:**

A cada oración responderemos, *consagra nuestras vidas, Señor.*

- Por todas las personas que, como en el Evangelio que acabamos de proclamar, no tienen el pan y el sustento diario, para que seamos capaces de compartir con ellos nuestro pan. Oremos.

Consagra nuestras vidas, Señor.

- Por los grupos y áreas de la parroquia que se consagran a repartir con los pobres el pan. Oremos.

Consagra nuestras vidas, Señor.

- Por los gobiernos locales, autonómicos y centrales, para que dediquen sus esfuerzos a construir un mundo más justo, al estilo de lo que Dios espera. Oremos.

Consagra nuestras vidas, Señor.

- Por las vocaciones sacerdotales, para que nuestra parroquia vuelva a ser vivero de sacerdotes y de vocaciones a la vida religiosa. Oremos.

Consagra nuestras vidas, Señor.

Peticiones voluntarias

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. La comunidad prepara las ofrendas.

La presencia de Cristo en la Eucaristía es progresiva, de menos a más. Está presente en el momento de la Palabra, pero donde realmente se hace presente es en la Liturgia de la Eucaristía, donde nos disponemos a recibir a Cristo, que a partir de la consagración está plenamente en medio de su pueblo.

La liturgia de la Eucaristía se divide en tres períodos, presentación de las ofrendas, plegaria eucarística y comunión. Nosotros, en esta ocasión, vamos a centrarnos en la presentación de las ofrendas.

La relación que se establece entre la Última Cena y la celebración de la Santa Misa encuentra su razón en que ambas son celebraciones sacramentales. En cada Eucaristía no se repite la Cruz, sino que abrimos una ventana que nos lleva a la Cruz para que también nosotros ofrezcamos al Padre, por medio del sacerdote, el sacrificio agradable a Cristo y nos ofrezcamos nosotros conjuntamente a Él.

1.1. Pan y vino es signo real presenta toda nuestra vida en la Mesa del Señor: penas y alegrías, preocupaciones y deseos.

En la última Cena, Cristo instituyó el sacrificio y convite pascual, por medio del cual el sacrificio de la cruz se hace continuamente presente en la Iglesia cuando el sacerdote, que representa a Cristo Señor, realiza lo que el mismo Señor hizo y encargó a sus discípulos que hicieran en memoria de él.

Cristo, en efecto, tomó en sus manos el pan y el cáliz, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad, comed, bebed; esto es mi Cuerpo; éste es el cáliz de mi Sangre. Haced esto en conmemoración mía. De ahí que la Iglesia haya ordenado toda la celebración de la liturgia eucarística según estas mismas partes que corresponden a las palabras y gestos de Cristo. En efecto: En la preparación de las ofrendas se llevan al altar el pan y el vino con el agua; es decir, los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos;¹²

Al inicio de esta parte de la Eucaristía, la mesa del altar debe encontrarse vacía y es en este momento cuando se acerca al altar todo lo necesario: corporal, purificador y vasos sagrados.

Es conveniente que los dones para el sacrificio, que son únicamente el pan y el vino, los presenten procesionalmente los fieles desde algún lugar apropiado. Y sólo el pan y el vino, pues el resto de objetos no tienen ningún valor en la Misa y recargan innecesariamente y confunden este momento de la Eucaristía.

Es el momento ahora de presentar cada uno interiormente Dios, junto al Pan y el Vino, nuestra vida y nuestros sacrificios, para que también sean transformados por Dios en sacrificios que nos acerquen a la salvación. De esta manera, nuestra vida, nuestro trabajo y nuestras cruces las unimos a la cruz de Cristo y la presentamos a Dios para que las bendiga. Si se usa incienso se

¹² OGMR (2002): nº 72, 73

puede incensar las ofrendas, la cruz y el mismo altar, para significar que la oblación de la Iglesia sube al cielo, como sube el humo del incienso.

1.2. «Lo tenían todo en común», la colecta.

«Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno» Hch. 3, 44-45

En este momento en que hemos presentado los dones para que Dios los transforme, ponemos en práctica este fragmento del libro de los Hechos y ponemos en común nuestros bienes. La colecta se realiza durante la preparación del altar y no debe alargarse en exceso. Esta colecta la puede realizar cualquier fiel.

En la actualidad es una fuente de ingresos para muchas parroquias y caminamos hacia la autofinanciación por lo que es importante que preparemos de antemano nuestro donativo. En nuestra parroquia está establecido un orden de criterios para las colectas, de manera que normalmente, la del primer domingo de mes se dedica a las obras parroquiales, la segunda a Cáritas y la tercera y cuarta a las diferentes campañas.

1.3. Presentamos todo lo que vivimos y sentimos para su consagración

Es correcto hablar de presentaciones y no de ofrendas, pues el auténtico ofertorio es el que tiene lugar en la plegaria eucarística y la verdadera ofrenda no es el pan y el vino, sino Cristo.

El sacerdote hace una oración privada para presentar el pan y el vino a Dios, a las cuales el pueblo responde «Bendito seas por siempre, Señor», de esta forma reconocemos lo extraordinario, no que es el pan y el vino que acabamos de presentar, sino lo extraordinario que va a ocurrir con ellos.

Seguidamente echa unas gotas de agua al vino. Este gesto tiene un doble significado, por un lado nos recuerda que en la Palestina de Jesús era común echarla para rebajar un poco el vino. Por otro lado, es un gesto teológico que simboliza la Pasión del Señor, cuando de su costado brotó sangre y agua. Una oración privada, atribuida al Papa San León Magno, nos descubre el significado de este signo:

«Cuando se mezcla el vino con el agua en el cáliz, el pueblo se une con Cristo. Si alguien ofrece sólo vino, la sangre de Cristo está sin nosotros; si sólo ofrece agua, el pueblo se halla sin Cristo.»

A continuación, el sacerdote realiza el gesto del lavado, que muchas veces pasa desapercibido o incluso algunos han eliminado. Este gesto no implica que el sacerdote necesite lavarse las manos para poder celebrar la Misa, sino que es un gesto simbólico con el que el sacerdote le pide a Dios pureza de espíritu y de corazón.

Por último, el sacerdote hace la oración sobre las ofrendas. A esta oración, el sacerdote nos invita a orar y el pueblo responde. Es conveniente recordar que en este momento el pueblo se pone en pie. Hay un poco de confusión en torno a esta oración, pues dependiendo de la parroquia donde celebremos, los fieles se ponen en pie ahora o después. Al igual que en la oración colecta, el presidente nos invita a orar con diferentes fórmulas. La más común es “*orad, hermanos, para que este sacrificios mío y vuestro sea agradable a Dios Padre Todopoderoso*”, a lo que nosotros, en pie, como hacemos en el resto de oraciones colectas, respondemos “*El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su Santa Iglesia*”.

Finalmente el sacerdote dice la oración sobre las ofrendas correspondiente a la Misa que se celebre y los fieles hacen suyas esas súplicas a Dios, respondiendo "Amén".

Con estas palabras y siempre de pie, concluye esta parte de la Eucaristía y da paso a la Plegaria Eucarística.

C. REFLEXIONAMOS

El ofertorio era antes un momento importante de la piedad eucarística: se nos invitaba a rezar y a ofrecer a Dios nuestros sacrificios, presentándole toda nuestra vida y nuestro trabajo. Hoy, en cambio, es un momento un tanto confuso, en el que los fieles no saben cómo rezar, cuándo ponerse de pie y lo llenamos de gestos y actos que no ayudan.

En su origen fue un rito muy sobrio. En Oriente los fieles traían sus dones a la Iglesia y los depositaban en un lugar preparado para ello fuera del templo. En el momento de presentarlos, los ministros salían a buscarlos y los llevaban solemnemente al altar. En la Iglesia de Roma, era el ministro el que bajaba hasta los fieles a recoger sus dones.

Presentar los dones al altar es un acto litúrgico reservado a los bautizados en comunión con la Iglesia. Por tanto, todos estamos llamados, dentro de esa comunión, a realizar esa presentación al Señor.

Preparar previamente este momento es importante para celebrar mejor la Eucaristía. De dos maneras:

- Interiormente: haciendo un pequeño examen de nuestra vida. ¿Qué cosas me preocupan, me alegran, me inquietan,...? Para presentarlas al Señor. Igual que cuento a mis amigos todo lo que me sucede para compartir con ellos mis penas y mis alegrías y que me aconsejen, ¿cómo no lo voy a hacer con el Padre?
- Externamente: preparando el donativo que aportaré en la colecta como forma de compartir todo lo que soy y lo que tengo con la comunidad.

Por otra parte hemos de cuidar también mucho los gestos y las posturas que tienen lugar en este momento de la Eucaristía. Es común que al dar inicio a esta parte, después de haber escuchado la Palabra de Dios, al sentarnos, haya un pequeño murmullo. Si hay niños, suelen distraerse con facilidad. También al pasar la bandeja de la colecta solemos hacer comentarios o estar distraídos. Es importante mantener la actitud de respeto que hemos mantenido hasta ahora.

Es en este momento de la celebración donde muchas personas se muestran impacientes o distraídas, dado que es el presidente de la celebración, el sacerdote, quien mayor protagonismo cobra. Pero hemos de recordar que el sacerdote sólo preside y que es la comunidad quien celebra, por lo tanto no ha lugar a nuestra distracción o impaciencia. Hemos de esforzarnos por participar de manera activa en esta parte de la Misa. Cabe destacar que el pan y el vino y la colecta la presentamos todos. Ya hemos insistido en la necesidad de recordar que lo correcto es hablar de presentación de las ofrendas, más que ofertorio, que es como habitualmente lo hemos nombrado. Al ser todos partícipes de esta presentación recordamos que es Dios quien nos pide que colaboremos todos en su creación y que debemos compartir nuestro pan y nuestro día a día con los demás, especialmente con aquellos que están más necesitados.

El último momento de esta parte concluye con la oración colecta que el sacerdote recoge de todos los feligreses, sintetizando lo que toda la asamblea acaba de hacer, para lo cual la comunidad se levanta. De nuevo insistimos en este punto, pues al levantarnos, nos unimos a la oración que el sacerdote en nombre de todos nosotros realiza. No es su oración, a la que yo asisto como espectador, sino que es nuestra oración, recogida de los corazones de todos y que el sacerdote reúne en la suya. De este modo, acabamos esta parte de la Misa y nos disponemos a participar de la plegaria ya puestos en pie.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *¿Cómo me preparo para participar en la presentación de las ofrendas?*
- b) *¿Qué actitudes me impiden entrar en un clima de oración personal?*
- c) *¿Preparo mi donativo de antemano y acorde a mis posibilidades?*

NOTAS

TEMA V

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA Y LA CONSAGRACIÓN

A. ORAMOS

- **Monitor:**

Después de la presentación del pan y el vino, entramos en la parte de la liturgia en la que el misterio de la Eucaristía se va a hacer presente. El pan y el vino que ha obtenido el hombre por su esfuerzo y trabajo se van a convertir en el alimento de Cristo, en su cuerpo y en su sangre. Con este maravilloso acto de amor nosotros no podemos dejar de reconocer la grandeza del Señor que se nos ofrece como alimento que de verdad da la vida eterna.

Estamos llegando al ecuador del curso y es un buen momento para que también repasemos cómo estamos viviendo la celebración de la Eucaristía y qué pasos hemos dado para vivirla de forma más intensa. Que esta oración previa nos permita hacerlo así.

- **Lector: Lectura**

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó.

Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Llega a Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde.» Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás.» Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo.» Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza.» Jesús le dice: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos.» Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: «No estáis limpios todos.»

Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros.»

Palabra de Dios

- **Monitor:**

A cada oración responderemos, *Que aprendamos también nosotros a lavar los pies, Señor.*

- Roguemos al Señor por todos los grupos y áreas de la parroquia que están trabajando estas catequesis acerca de la Eucaristía, para que nos sirvan de estímulo a la hora de renovar nuestras celebraciones. Oremos.

Que aprendamos también nosotros a lavar los pies, Señor.

- Roguemos al Señor por todas las familias de nuestra parroquia, en especial por aquellas que están pasando por momentos de dificultad por motivos económicos, de salud o de estabilidad, para que encuentren en nosotros un apoyo y una respuesta a sus inquietudes. Oremos.

Que aprendamos también nosotros a lavar los pies, Señor.

- Roguemos al Señor por todas las personas que de una manera u otra contribuyen a que nuestra parroquia sea una comunidad abierta a los demás, para que con su ilusión y trabajo, nadie se sienta ajeno en nuestras celebraciones de la Eucaristía. Oremos.

Que aprendamos también nosotros a lavar los pies, Señor.

- Roguemos al Señor por todas las actividades pastorales previstas para esta Cuaresma, para que nos ayuden a prepararnos mejor para celebrar la Muerte y resurrección del Señor. Oremos.

Que aprendamos también nosotros a lavar los pies, Señor.

Peticiones voluntarias

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

«Ahora empieza el centro y la cumbre de toda la celebración, a saber, la Plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración. El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón hacia Dios, en oración y acción de gracias, y lo asocia a su oración que él dirige en nombre de toda la comunidad, por Jesucristo en el Espíritu Santo, a Dios Padre. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio. La Plegaria eucarística exige que todos la escuchen con silencio y reverencia.»¹³

La plegaria eucarística es una oración claramente sacerdotal, por eso corresponde únicamente al sacerdote su pronunciación. La palabra *plegaria* es una palabra griega que significa agradecimiento, de modo que en ella hacemos propias las actitudes que la plegaria expresa y escuchamos con silencio y reverencia lo que el sacerdote dice. Existen diferentes plegarias, provenientes de las diferentes tradiciones de la Iglesia, pero todas ellas siguen un pequeño esquema: en primer lugar se bendice a Dios por toda la creación; a continuación el sacerdote le pide a Dios que envíe su Espíritu para que transforme el pan y vino en Cuerpo y Sangre de Cristo; Después, el sacerdote eleva al Padre los sacrificios como una ofrenda; Pedimos al Padre que nos vuelva a enviar el Espíritu Santo, pero en esta ocasión para que nos transforme a nosotros; Por último, nos unimos a toda la Iglesia – peregrina, purgante y celeste – y termina con la doxología o acto solemne de presentación al Padre.

1. Unidos a Cristo iniciamos la acción de gracias al Padre

El prefacio comienza con un diálogo entre el sacerdote y los fieles. Este prefacio puede ser cantado. En este momento en que la comunidad contesta “*lo tenemos*”

¹³ *Ordenación General del Misal Romano, nº 78*

levantado hacia el Señor”, estamos afirmando que de verdad nuestro corazón se halla presente en lo que estamos haciendo y no en otras cuestiones más cotidianas. En sí, el prefacio es una continua acción de gracias y el sacerdote va exponiendo los motivos por los que damos a Dios gracias en esta celebración, para terminar invitando a los fieles a proclamar todos juntos la santidad de Dios y a alabarle junto a toda la Iglesia y el coro de los ángeles.

A continuación, el sacerdote nos invita a unirnos al coro celestial, con el Santo. En el canto del Santo, toda la comunidad hace suya la acción de gracias expresada y proclamada por el sacerdote durante el prefacio. Este canto está entresacado de diferentes textos de las sagradas escrituras y por lo tanto es importante no sustituirlo o modificarlo por otros textos o adaptaciones.

Antes de la consagración, el sacerdote invoca al Espíritu Santo en la epiclesis. *Epikaleo* es una palabra griega que significa invocación o llamada. Esta llamada utiliza diferentes fórmulas según la Plegaria que se haya escogido, pero en todas ellas pide al Padre que envíe al Espíritu para que transforme el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Cristo, de este modo queda patente que la consagración no vendrá a manos del sacerdote, sino que es la acción del Espíritu Santo quien la propicia.

Mientras el sacerdote realiza esta invocación, extiende las manos sobre el pan y el vino, en un gesto que nos recuerda las imposiciones de manos con las que el propio Jesús o los discípulos realizaban los milagros.

La Eucaristía tiene una relación directa con la encarnación, pues si aquélla se realizó por obra del Espíritu, es el mismo quien transforma el pan y el vino en Cristo.

2. La consagración.

2.1. «*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo*».

Estas hermosas palabras de Juan dan inicio al relato de la pasión y muerte de Jesús con el lavatorio de pies, el momento más importante de la Sagrada Escritura, pues es cuando Cristo se va a manifestar en toda su gloria.

El momento de la consagración ha de rodearse de solemnidad y todos hemos de estar concentrados en lo que allí se dice, por lo que debemos olvidar las músicas ambientales que no harán sino distraernos. Las palabras de Cristo ya son suficientemente hermosas.

2.2. Memorial de su muerte y resurrección.

De este modo podemos afirmar que estamos ante el momento más extraordinario de la Eucaristía, pues, después de haber recordado las maravillas que Dios ha ido manifestando a lo largo de nuestra historia de salvación, ahora no vamos a recordarlas, sino que se va a hacer patente el Misterio Pascual de Cristo, haciendo y diciendo lo mismo que dijo Cristo en la última cena.

«Con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última Cena, cuando bajo las especies de pan y vino ofreció su Cuerpo y su Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar ese mismo misterio.»¹⁴

Es por ello que en este momento todos, salvo los que no estén posibilitados para hacerlo, debemos permanecer de rodillas, como muestra de respeto y reverencia ante lo que está ocurriendo.

En estos momentos, el sacerdote también se inclina un poco, rebajándose por lo que está teniendo lugar ante él y en él porque en ese preciso instante, sus palabras no son suyas, sino que son de la persona de Cristo, a quien le cede

¹⁴ OGMR (2002), nº79 c

su palabra, de ahí que las diga en primera persona: “*Tomad y comed, esto es mi Cuerpo...*”

Tras la consagración vienen algunos gestos y fórmulas que vamos a repasar de una forma más somera:

- **Aclamación:**
Tras el relato de la consagración, los fieles se dirigen a Cristo y lo aclaman utilizando algunas de las fórmulas previstas. Una de las más habituales es “*anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús*”
- **Memorial**
Si bien toda la Misa es un memorial, y en concreto la liturgia eucarística, es ahora cuando el sacerdote recuerda los principales acontecimientos de la Pasión de Cristo de su Resurrección y de su Ascensión a los cielos.
- **Ofrecimiento al Padre**
Ya habíamos hablado hace algunos temas que no deberíamos llamar ofertorio a la presentación de los dones previa a la liturgia eucarística, pues el ofertorio se realizaba en otro momento de la Eucaristía. Pues bien, es en este momento cuando hacemos el verdadero ofertorio de la Misa. No ofrecemos el pan y el vino, sino que ofrecemos al propio Jesús entregado en la Cruz. No es el pan y el vino lo que nos redime, sino la entrega de Cristo.
- **Segunda Epiclesis**
En esta segunda invocación al Espíritu, el sacerdote pide ahora que el Padre nos envíe su Espíritu a toda la asamblea reunida, para que seamos santificados por Él y podamos ser presentados como una ofrenda. De esta manera se produce una comunión no sólo con Dios sino con toda la Iglesia.
- **Intercesiones**
Y esa comunión de la que hemos hablado se realiza también con la Iglesia celestial, con los que nos han precedido en la Tierra y ahora celebran la Eucaristía en presencia del Padre. Por ello, los nombramos y pedimos al Señor que los acoja en su gloria. También citamos al Obispo y al Papa, como signo de comunión con ellos.

2.3. Cristo se hace alimento, para que tengamos vida eterna.

Desde el momento de la consagración, Cristo está presente ya en el pan y en el vino, lo que se ha venido en llamar *transubstanciación*. Esta presencia es constante, de ahí que la Iglesia haya promovido el culto al Santísimo Sacramento incluso fuera de la Eucaristía.

Al llegar al momento último de la plegaria eucarística, ensalzamos a Dios que se ha hecho nuestro alimento con la doxología. Esta palabra, de nuevo de origen griego, significa “glorificación”. Las palabras que utiliza son “*Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos*”, a lo que nosotros, esta vez sí, respondemos “Amén”

C. REFLEXIONAMOS

De nuevo los gestos y las posturas encierran un simbolismo enormemente rico en el prefacio. Mientras el sacerdote extiende las manos sobre las ofrendas, nosotros permanecemos de rodillas, actitud de humillación y veneración ante el misterio que está teniendo lugar delante de nosotros. También el sacerdote hace la genuflexión en señal de adoración al misterio del amor. A veces se nos hace pesado, no tenemos ganas o consideramos que el banco es incómodo, sin embargo es impresionante ver

cómo personas de edad avanzada con grandes dificultades para caminar o tenerse en pie participan de este momento con gran fervor y humildad.

Es frecuente que nos dejemos llevar por la rutina o la distracción en este momento. El hecho de conocer ya las palabras que recita el sacerdote pueden restarle la importancia que tienen. “Orad hermanos para que este sacrificio mío y **vuestro** sea agradable a Dios...” el sacrificio de la Misa es ofrecido por el sacerdote y por todos nosotros, de modo que es necesario que hagamos nuestras las palabras del presidente de la celebración, que les dejemos entrar en nuestro corazón para que penetren en nosotros.

En el memento de los difuntos, ofrecemos la eucaristía por nuestros hermanos que ya disfrutan de la presencia del Padre. El donativo que ofrecemos tiene el sentido de sufragio.

Por último, cabe recordar que la doxología es una oración propia y exclusiva del sacerdote, por lo que conviene corregir esa costumbre que tienen algunas personas de repetirlo en voz baja. Nosotros nos unimos a la oración con la respuesta del “Amén”.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *¿Adopto una actitud de respeto y veneración ante el misterio que está sucediendo en la consagración?*
- b) *¿Qué me impide que sea así?*
- c) *¿Qué compromiso puedo adoptar de cara a esta Cuaresma para que verdaderamente pueda celebrar la Muerte y Resurrección del Señor?*

NOTAS

TEMA VI

LA RESURRECCIÓN

A. ORAMOS

- **Monitor:**

Llegados al tiempo de Pascua nos detenemos un poco en el ritmo de trabajo para centrarnos en la Liturgia Eucarística y su relación con el tiempo litúrgico que estamos viviendo y que es el centro de nuestra fe: la resurrección. En la oración y en la catequesis de hoy vamos a reflexionar sobre un texto que ya conocemos, el pasaje de los discípulos de Emaús. El motivo es sencillo, en nuestra vida muchas veces pasamos como aquellos discípulos, tristes, cansados y derrotados, sin descubrir que Jesús camina a nuestro lado.

- **Lector:** Lectura del Santo Evangelio según San Lucas. (Lc 24, 13-35)

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» El les dijo: «¿Qué cosas?» Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.» Él les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras. Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.

- **Monitor:**

A cada oración responderemos, *queremos descubrirte, Señor, al partir el pan.*

Por todas las personas que no te conocen o no quieren conocerte, para que podamos ser testigos de tu mensaje y hacerles llegar a todos la Buena Noticia que tú nos traes. Oremos.

queremos descubrirte, Señor, al partir el pan.

Por todas las personas que esta Semana Santa vivirán los actos y procesiones preparadas en Torrent. Para que su participación no se quede en lo superfluo y puedan llegar a descubrir que Tú caminas a su lado durante todo el año. Oremos.

queremos descubrirte, Señor, al partir el pan.

Por las áreas y grupos de la parroquia que se desviven para que podamos celebrar dignamente el misterio pascual este año. Oremos.

queremos descubrirte, Señor, al partir el pan.

El Jueves Santo celebraremos el día del amor fraterno, te pedimos por todos los que tienen necesidades, no sólo materiales, sino también de espíritu. Oremos.

queremos descubrirte, Señor, al partir el pan.

Peticiones libres.

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

Vamos a detenernos en el hermoso relato de Lucas conocido como “Los discípulos de Emaús”. A pesar de ser un texto conocido, nunca dejamos de sorprendernos por su actualidad y vigencia. Es una preciosa catequesis eucarística que da Jesús a dos de los que lo habían seguido en su predicación. En este momento en que nos disponemos a celebrar el triduo pascual puede ser un buen momento para que reflexionemos acerca de lo que Jesús les hizo ver a estos discípulos y cómo nos dice a nosotros hoy lo mismo.

1. Dios nos convoca a pesar de nuestras miserias.

Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. [...]Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó

Los discípulos salen de Jerusalén tristes y perdidos, en dirección a una aldea distante de la ciudad donde han sucedido estas cosas. Ante la imposibilidad de poder entender la magnitud de lo sucedido, han optado por la solución más sencilla: la huida. Al igual que los de Emaús, en nuestra vida caminamos con paso triste y poco decidido. Pasamos por entre nosotros sin levantar la cabeza, sin mirar a nuestro alrededor ni a nuestros hermanos. A pesar de que nos llamamos cristianos, nuestra alegría brilla por su ausencia. Sin embargo, Dios no se deja arrastrar por la rutina ni por la monotonía. Nos conoce y quiere como somos, a pesar de nuestras miserias y rencores y nos llama uno por uno. Esa llamada a veces parece casual, pero nunca lo es. Obedece al plan de Dios, que se hace el enconadizo, que quiere acercarse a nosotros. Pero nosotros seguimos teniendo

los ojos retenidos, miramos a Dios como a los hombres y no lo reconocemos, a pesar de llamarnos cristianos. Ellos sólo han visto la faceta más externa de Jesús “*un profeta poderoso en obras*”, pero no han sido capaces de captar la esencia más profunda de Jesús, el ser hijo de Dios. Incluso, a pesar del testimonio de algunos y de las mujeres, no creen en que Jesús ha resucitado. Como a nosotros, les gustaba creer en aquello que ellos mismos podían contemplar. ¡Cuántos de nosotros intentamos hacernos una fe a medida de nuestros ojos!

2. Dios nos habla a través de las escrituras.

¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? [...]Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Entonces, el propio Dios nos habla por medio de las Escrituras y nos recuerda que formamos parte de una historia de salvación que se remonta al origen de la humanidad y que continúa hoy con nosotros. No somos un producto del azar de la naturaleza, Dios, desde el principio de los tiempos ha pensado en nosotros y nos ha amado, y nos sigue amando. Por eso nos invita a su fiesta, a la fiesta del Amor. Pero nosotros no lo entendemos, si antes teníamos los ojos retenidos, ahora tenemos los oídos. Seguimos intentando hacer un Dios a nuestra medida y las medidas de Dios no son las nuestras. De ahí que no entendamos lo que ha ocurrido, que no entendamos su plan de salvación, porque los planes de Dios no son los planes de los hombres. Ya vamos observando que la actitud de los discípulos, al dejarse hablar por el Señor, ha ido cambiando. Cuando hace además de marcharse, ellos lo invitan a quedarse con ellos. Han escuchado su llamada.

3. Dios nos invita a su mesa.

Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado.

Y entonces Dios realiza el acto mayor de amor, que es entregarse a nosotros por medio de su Hijo. De nuevo Cristo parte el pan y lo reparte, como hizo en la multiplicación de los panes y los peces y en la noche del Jueves. Y tal y como lo hizo hace dos mil años, lo sigue haciendo en cada una de nuestras eucaristías. Sólo participando de su banquete y de su mesa es cuando se contempla la alianza de amor que Dios nos ha ido prometiendo en la Escritura, de ahí que caigan de nuestros ojos las vendas que nos impedían reconocerlo. Este proceso ha tenido tres partes: reconocer nuestra propia miseria y tristeza, escuchar su palabra y participar en su banquete. Es entonces cuando reconocen, cuando reconocemos a Cristo que ha resucitado, que resucita, que vive para siempre.

4. Dios nos envía.

«¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.

Una vez han conocido que Cristo sigue vivo, su vida no puede permanecer igual. Tienen que volver a Jerusalén, desandar el camino que habían andado y con el cual se hallaban perdidos. Del mismo modo que el pastor iba a buscar a la oveja perdida, Cristo ha salido a nuestro encuentro a buscarnos, nos ha hallado y nos ha dado la vida. A partir de aquí nuestra vida ha cambiado. Tenemos que salir a anunciarlo, a decirle al mundo lo que hemos visto y oído: El Señor vive y lo podemos reconocer en la Eucaristía.

C. REFLEXIONAMOS

Al igual que aquellos discípulos, nosotros nos hacemos un Dios y una religión a nuestra medida o a la carta. El Papa Benedicto XVI lo ha denunciado en muchas ocasiones al criticar el relativismo que nos invade a nuestra sociedad. Sin embargo, Dios nos propone algo más: que de verdad le conozcamos y le sigamos. Que abandonemos los caminos que nos llevan a perdernos: el consumismo, el hedonismo, las modas, etc. y que retomemos el camino de Jerusalén, el camino de la Vida.

Pero los planes de Dios no son los nuestros y no entendemos muchas veces sus designios, “¿por qué me ha pasado esto, si yo soy bueno, si yo voy a Misa?”. Cristo nos recuerda que su paso por el mundo fue también un paso de dolor y angustia, pero que después de ello, vendría la resurrección.

En muchas ocasiones conocemos a gente que está atravesando ese camino de regreso a Emaús y que abandona a Cristo y a la Iglesia. Debemos ser nosotros quienes se hagan con ellos los contradizos y les ayuden a descubrir que forman parte del plan de Dios, de la historia de salvación que Él ha trazado para cada uno de nosotros.

En esta Semana Santa celebramos la muerte y resurrección de Jesús. Las hermandades con sus diferentes carismas deben ayudarnos a prepararnos y vivirlo de forma más intensa. Nunca deben sustituir la piedad y el fervor por el folclore y los signos. Todas ellas preparan catequesis en cada una de las parroquias a las que pertenecen para vivirlo más intensamente. Participemos de ellas.

Durante toda la Cuaresma la oración del Via-Crucis, que tiene lugar en el templo o incluso en familia, nos puede ayudar a vivirlo mejor. En la parroquia se han dispuesto momentos especiales de oración comunitaria, como la Vigilia de Adviento.

La celebración del triduo pascual es la celebración por excelencia del cristiano. Actualmente la sociedad nos pone muchas trabas para que lo podamos hacer: la playa, la montaña, las vacaciones, el folclore con que quiere vestir a las celebraciones, son las vendas que tapan nuestros ojos hoy. Pero recordemos que “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *¿Qué tristezas y miserias nos hacen ir de regreso a Emaús a nosotros hoy?*
- b) *¿Qué tapa nuestros ojos para impedir que reconozcamos a Cristo?*
- c) *¿Qué compromiso personal, familiar y de grupo quiero asumir en esta Pascua?*

NOTAS

TEMA VII

LA COMUNIÓN

A. ORAMOS

- **Monitor:**
- **Lector: Lectura de la primera carta de San Pablo a los corintios (1Co. 11, 23-26)**

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.» Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.

Palabra de Dios

- **Monitor:**
A cada oración responderemos, *Escúchanos, Padre.*
 - Por los niños que se están preparando para recibir por primera vez al Señor, para que con la ayuda de sus padres y catequistas aprendan cada vez más a quererte. Oremos.
Escúchanos, Padre
 - Por los enfermos que desde su casa ofrecen su salud y su edad como oración, para que el alimento de tu comunión les recuerde que Tú siempre estás con ellos. Oremos.
Escúchanos, Padre
 - Por los lugares en el mundo donde se persigue a los que siguen tu palabra. Para que su esfuerzo y sacrificio no decaigan y vivan las bienaventuranzas que Tú nos proclamaste. Oremos.
Escúchanos, Padre
 - Por los grupos de la Adoración Nocturna, que velan tu Cuerpo en la Sagrada Comunión. Para que su oración sea estímulo para los jóvenes y aprendan así a adorarte. Oremos.
 - Por los jóvenes que están preparándose para recibir el orden sacerdotal o el ministerio del diaconado. Por sus familias y formadores. Oremos.
Escúchanos, Padre

Peticiones libres

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. La comunión

La última parte de la Liturgia de la Eucaristía concluye con el rito de la comunión. Para este momento es para el cual nos hemos estado preparando durante toda la celebración, de manera que hemos llegado al momento más importante de la Santa Misa, el momento en el que Cristo se hace alimento para nosotros, para que tengamos vida eterna. *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá eternamente”* (Jn. 6, 51).

Tres son los signos o ritos que componen este instante culminante de la celebración, el rezo de la oración dominical – El Padre Nuestro - , el gesto de la Paz y la comunión.

1.1. El Padre Nuestro.

El rezo del Padre Nuestro, la oración que Jesús nos enseñó para dirigirnos al Padre tiene un sentido muy apropiado para esta ocasión. Una vez hemos concluido la Plegaria, alabamos al Padre, santificando su nombre, pidiendo que se cumpla su voluntad y que venga su reino. A continuación le pedimos que nos envíe el Pan, el sustento de cada día, porque estamos necesitados de él del mismo modo que estamos necesitados de Dios, nos comprometemos a pedir perdón mientras suplicamos el suyo y nos sentimos hermanos de todos los hombres al manifestarnos hijos de Dios que nos libra del pecado.

La oración del Padre Nuestro siempre es introducida por el sacerdote con alguna fórmula de las ya conocidas: *“Fieles a la recomendación del Salvador, y siguiendo su divina enseñanza...”*. Durante su oración, solamente el sacerdote eleva las manos al cielo, y no decimos *“amén”*, pues el Padre Nuestro se cierra con la oración que proclama el sacerdote a continuación, oración que recibe el nombre de embolismo. Es el último desarrollo del Padre Nuestro: *“Líbranos de todos los males, Señor...”*. Ahora sí, decimos todos *“Amén”*.

El carácter y la solemnidad de la oración que Jesús nos enseñó desaconsejan acompañarla de otros ritos o gestos, así como de introducir variantes en el mismo. Lo único que se debe observar es hacerlo despacio y todos a la vez, intentando saborear y entender todas las palabras que vamos diciendo.

1.2. El rito de la Paz

«Sigue, a continuación, el rito de la paz, con el que la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, y los fieles expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de comulgar en el Sacramento.»¹⁵

El rito de la paz consta de cuatro elementos: los dos primeros se deben realizar y los otros dos son voluntarios.

- El primero de ellos es la oración presidencial. El sacerdote se dirige a Cristo pidiendo la paz y la unidad de la Iglesia. Es la paz de Cristo, no la de los hombres la que se pide, pues sólo desde Cristo puede haber paz en todos los corazones de los hombres.
- A continuación el presidente desea la paz a todos los presentes: *“La paz del Señor esté con vosotros”*. A lo que todos respondemos *“Y con tu espíritu”*.
- Seguidamente, el sacerdote invita a los presentes a compartir entre sí la paz. Esta invitación la puede realizar también el diácono.
- El gesto de la paz no es obligatorio realizarlo, pues la Paz de Cristo ya nos ha llegado. Sin embargo, al tratarse de un hermoso gesto, normalmente lo realizamos en todas nuestras celebraciones. Aún así

¹⁵ OGMR, nº 82

es aconsejable que en alguna ocasión se omita, si éste puede perturbar el normal desarrollo de la celebración.

1.3. La comunión

«El sacerdote parte el pan eucarístico con la ayuda, si procede, del diácono o de un concelebrante. El gesto de la fracción del pan, realizado por Cristo en la última Cena, y que en los tiempos apostólicos fue el que sirvió para denominar la íntegra acción eucarística, significa que los fieles, siendo muchos, en la Comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado para la vida del mundo, se hacen un solo cuerpo (1 Co 10,17). La fracción se inicia tras el intercambio del signo de la paz y se realiza con la debida reverencia, sin alargarla de modo innecesario ni que parezca de una importancia inmoderada. Este rito está reservado al sacerdote y al diácono.

El sacerdote realiza la fracción del pan y deposita una partícula de la hostia en el cáliz, para significar la unidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor en la obra salvadora, es decir, del Cuerpo de Cristo Jesús viviente y glorioso. El coro o un cantor canta normalmente la súplica Cordero de Dios con la respuesta del pueblo; o lo dicen al menos en voz alta. Esta invocación acompaña a la fracción del pan y, por eso, puede repetirse cuantas veces sea necesario hasta que concluya el rito. La última vez se concluye con las palabras: danos la paz.»¹⁶

El hermoso rito de la fracción del pan, previo a la comunión, suele quedar empañado por el bullicio que se arma en el rito de la paz, por lo que conviene recuperar el silencio después de la paz y antes de comenzar. En este momento, el sacerdote parte el pan consagrado y se entona el *Cordero de Dios*. Este canto nos recuerda que Cristo se rompe por todos nosotros y se reparte para que seamos todos un solo cuerpo. Por ello cantamos todos juntos. El gesto que realiza el sacerdote mientras que el pueblo canta el *Cordero de Dios* recibe el nombre de *inmixción* y consiste en dejar caer una pequeña parte del pan en el cáliz y en rezar una oración privada “*El Cuerpo y la Sangre de Cristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna*”

Antes de comulgar es conveniente iniciar un canto que acompañe al momento más importante de la celebración.

«Mientras el sacerdote comulga el Sacramento, se empieza el canto de Comunión. El sacerdote toma después la patena y se acerca a los que van a comulgar, quienes, de ordinario, se acercan procesionalmente.

A los fieles no les es lícito tomar por sí mismos ni el pan consagrado ni el sagrado cáliz y menos aún pasárselos entre ellos de mano en mano. Los fieles comulgan de rodillas o de pie [...] Si la Comunión se administra sólo bajo la especie de pan, el sacerdote, teniendo la hostia un poco elevada, se la muestra a cada uno diciéndole: “El Cuerpo de Cristo”. El que comulga responde: “Amén”, y recibe el Sacramento en la boca o, en los lugares en que se ha concedido, en la mano, según prefiera. En cuanto recibe la sagrada hostia, el que comulga la consume íntegramente. [...]

Si están presentes otros presbíteros, pueden ayudar al sacerdote a distribuir la Comunión. Si no están disponibles y el número de comulgantes es muy elevado, el sacerdote puede llamar para que le ayuden, a los ministros extraordinarios, es decir, a un acólito instituido o también a otros fieles que para ello hayan sido designados. En caso de necesidad, el sacerdote puede designar para esa ocasión a fieles idóneos. Estos ministros no acceden al altar antes de que el

¹⁶ OGMR, nº 83

sacerdote haya comulgado y siempre han de recibir de manos del sacerdote el vaso que contiene la Santísima Eucaristía para administrarla a los fieles.»¹⁷

La *Ordenación General del Misal Romano* es de una claridad meridiana a la hora de establecer las pautas para comulgar. Hay que acercarse al altar, recibir de manos del sacerdote o ministro la comunión en nuestras manos o en la boca y consumirla en el acto. Conviene recordar que es totalmente correcto recibir el Cuerpo de Cristo en la mano y llevárselo a la boca uno mismo, siempre que se haga delante del sacerdote y no llevándose la forma al sitio. Del mismo modo, según nos recuerda el mismo texto anterior, es lícito que haya ministros extraordinarios de la comunión que ayuden al sacerdote a repartir las formas e incluso que se nombre a una persona para que realice este ministerio si las circunstancias lo requieren. De hecho, en nuestra parroquia contamos con un grupo de personas para este menester y poder llevar también el Santísimo a las casas de los enfermos todos los domingos.

C. REFLEXIONAMOS

Ya hemos hablado de que el momento de la comunión es de una importancia trascendental en la Santa Misa, por lo que la preparación previa a este acto es fundamental. Debemos esperar a recibir a Cristo con una oración interior en silencio. Cada vez que el sacerdote nos muestra el Cuerpo de Cristo somos invitados a sentirnos dichosos porque la celebración de la Eucaristía nos recuerda el día que la celebraremos en su presencia gloriosa, de ahí que mostremos una actitud de humildad ante el regalo que se nos ofrece.

Los gestos y las posturas que se han de observar son también muy importantes. Normalmente comulgamos de pie, ésta es la costumbre. Hacerlo así nos recuerda nuestra dignidad de bautizados. Gracias a Cristo hemos sido lavados del pecado y levantados de él. También es la postura más sencilla y cómoda para la celebración, los fieles y el sacerdote, pero no es la única. También se puede hacer de rodillas, recalcando esa actitud de humildad. De cualquier modo es correcto, pero si lo hacemos de pie, conviene que inclinemos levemente la cabeza o hagamos una pequeña reverencia antes de hacerlo.

Una cuestión que a muchas personas preocupa en el momento de recibir a Cristo en la sagrada forma es hacerlo en la boca o cogiéndola con la propia mano. El Misal Romano nos recuerda que es correcto hacerlo de ambas formas. Tradicionalmente se obligaba a hacerlo en la boca para evitar la sustracción del pan consagrado y su posible profanación. Pero en la Iglesia de los primeros siglos ya existía esa costumbre de hacer un pequeño trono entre nuestras manos para recibir a Jesús. San Cirilo de Jerusalén decía que *“haz un trono con las dos manos y con la cavidad de la mano recibe el cuerpo de Cristo diciendo «Amén»”*.

En determinadas ocasiones la Iglesia establece que se pueda dar la comunión bajo las dos especies, esto es, bebiendo del cáliz y comiendo del pan. Normalmente esta comunión sólo la realizan los sacerdotes, diáconos y ministros que van a repartir la comunión, pero se puede ampliar a toda la comunidad en momentos importantes de la vida pastoral.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *¿Qué sentido tiene para mí el gesto de la Paz?*
- b) *¿Con qué actitud recibo a Cristo en la comunión?*

¹⁷ OGMR, n° 160, 161

NOTAS

TEMA VIII

EL ITE MISSA EST

A. ORAMOS

▪ **Monitor:**

En esta última sesión de las catequesis, llegamos a la última de las partes de la Liturgia de la Misa: el rito de conclusión o el envío.

En la lectura de hoy recordaremos el pasaje en el que Jesús envió a los discípulos a predicar el evangelio, como nos lo sigue pidiendo a nosotros en cada eucaristía. Que la reflexión sobre la misma nos ayude a cumplir el lema con el que nos planteábamos este curso: que la Eucaristía sea la fuente y el culmen de la vida y del compromiso de la Iglesia.

▪ **Lector: Lectura del Evangelio según san Mateo. (Mt. 28, 18-20)**

Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»

▪ **Monitor:**

A cada oración responderemos, *que aceptemos tu envío, Señor.*

- Por todos los grupos de la parroquia que anuncian el Evangelio a nuestros niños y jóvenes. Por las áreas de Prebautismales, Catequesis Familiar, Movimiento Junior, Movimiento Juvenil y Movimiento de Jóvenes. Para que sean verdaderos testigos de tu resurrección. Oremos.
- Por los grupos de Evangelización, que llevan tu Palabra a los hogares de nuestro barrio, en especial este año en que celebran el 25 aniversario de su creación. Oremos.
- Por todos aquellos que, a pesar de escuchar tu palabra, no aceptan tu llamada, para que no los dejes de asistir y puedan volver a formar parte de tu pueblo. Oremos.
- Por toda nuestra comunidad parroquial, ahora que se acerca el final de curso. Para que aquellos objetivos que nos planteábamos a principio de curso nos hayan ayudado a acercarnos más a Ti y a descubrirte en la Eucaristía. Oremos.

Peticiones libres.

▪ **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. El rito de conclusión

El rito de conclusión cumple la función de cerrar la celebración y servir como puente entre la celebración de la Misa y nuestro quehacer diario. En ese sentido,

podemos decir que la Misa no ha terminado, sino que se nos envía a que lo vivido aquí, lo pongamos en práctica en cada uno de los aspectos de nuestra vida, hasta que volvamos a celebrarla.

En este momento aprovechamos para dar algunas consideraciones acerca de la vida pastoral de la comunidad: avisos, advertencias, consejos para vivir en la semana. Deben ser breves, para no distraer la atención de la comunidad y que los pueda recordar.

Antes de terminar la Misa, volvemos a repetir el saludo que nos dedicó el sacerdote al iniciarla: *El Señor esté con vosotros*. El Señor nos ha de acompañar en toda la semana que iniciamos porque está junto a nosotros. A continuación, el sacerdote nos bendice. La bendición puede ser sencilla : *La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros* acompañada de alguna oración extraída del misal. Y antes de hacer el envío, el presidente puede dedicar algunas palabras a la comunidad para animarles a poner en práctica lo vivido en la Misa.

1.1. El *ite missa est*: Significado de estas palabras.

Hoy el sacerdote nos despide diciendo "*Podéis ir en paz*", pero cuando se celebraba la misa en latín, las palabras que cerraban la Eucaristía eran estas *ite missa est*. De esta fórmula latina tomamos el nombre de la celebración, Misa. Pero su traducción no es "La Misa ha terminado" sino que es toda una declaración de intenciones. *Missa* es una palabra latina, participio del verbo *mitto*, que significa *enviar*. Así, el sacerdote nos recordaba que éramos enviados. Al igual que los apóstoles fueron enviados al mundo por Jesús (Mc.16, 15) a predicar el evangelio, ahora nosotros, según nuestro compromiso de bautizados, somos enviados a nuestros ambientes, a nuestras familias, a nuestros lugares de trabajo, estudio y ocio, a transmitir el evangelio de Jesús a todos, especialmente a los más alejados, a los que más sufren, a los que más necesitan a Jesús.

Por último, mientras la comunidad puede entonar un canto, el sacerdote besa el altar como gesto de amor, y se retira a la sacristía.

1.2. Lo que nos aporta la Eucaristía¹⁸

- **La Eucaristía nos transforma y compromete.** La comunión renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Pero este don ha de ser acogido libremente por nosotros. Por eso la Eucaristía, al mismo tiempo que nos capacita para vivir la vida nueva, exige que nos esforcemos por actuar según los criterios evangélicos. A este doble aspecto de don y tarea se refiere la Iglesia cuando afirma que el sacrificio eucarístico es «fuente y culmen de toda la vida cristiana¹⁹» Fuente, porque contiene el amor supremo de Dios hacia los hombres, la donación total de Jesús, y nos comunica ese mismo amor para que podamos amarnos como él nos ha amado. Y culmen, porque nos exige la donación total de todo nuestro ser. Nuestra vida, pues, parte de la Eucaristía y culmina en la Eucaristía.
- **La Eucaristía acrecienta y exige nuestra unión con Cristo.** Dijo el Señor: «*Quien come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí*» (Jn 6,56-57). La Eucaristía causa, pues, que Jesús habite en mí y yo en él.
- **La Eucaristía nos separa del pecado.** Al unirmos a Cristo, la Eucaristía nos purifica de los pecados cometidos y nos preserva de futuros pecados, porque el cuerpo de Cristo es entregado por nosotros y su sangre es «derramada por muchos para el perdón de los pecados».

¹⁸ Para la redacción de este punto y el siguiente se ha tenido en cuenta a Miguel Payá: *El banquete del Señor. Itinerario catequético sobre la Eucaristía*.

¹⁹ Vaticano II, *Lumen Gentium*, 11

- **La Eucaristía nos une más estrechamente al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.** Dice también san Pablo: «*Porque aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan*» (1 Cor 10,17). La Eucaristía renueva nuestra incorporación a la Iglesia realizada por el Bautismo; hasta el punto que podemos afirmar que la Eucaristía hace la Iglesia. Pero esto nos exige también intensificar nuestros esfuerzos para actuar esa fraternidad, en dos niveles. Primero, responsabilizándonos de nuestros hermanos más cercanos, teniendo hacia ellos una actitud de servicio, trabajando juntos por el Reino de Dios y siendo capaces de perdonar. Y, en segundo lugar, manteniéndonos en sintonía con toda la Iglesia: la participación en la Eucaristía nos exige estar en comunión «*con el propio Obispo y con el Romano Pontífice; y, a través de ellos, con todas las comunidades católicas [...] la Eucaristía crea comunión y educa para la comunión*».²⁰
- **La Eucaristía capacita y exige reconocer a Cristo en los más necesitados.** San Pablo reñía a los corintios porque, cuando se reunían para celebrar la Eucaristía, eran incapaces de compartir sus bienes: «*Mientras uno pasa hambre, el otro se emborracha*» (1 Cor 11,21). La Eucaristía es la fuente de la caridad, porque celebra y comunica el amor de Jesús. Por eso nos capacita para imitar la preferencia de Jesús por los más pobres y, al mismo tiempo, nos exige que sepamos descubrirle en ellos, según las mismas palabras del Señor: «*Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*» (Mt 25,40). Toda la caridad asistencial y promocional de los cristianos, y, como veremos en seguida, todos nuestros esfuerzos por cambiar las estructuras injustas para lograr una «civilización del amor», son exigencias de la Eucaristía y en ella encuentran la fuerza y la motivación.

1.3. La Eucaristía nos envía a evangelizar.

La Eucaristía es también la fuente permanente de la misión de la Iglesia y de todas las tareas evangelizadoras: «*Cada domingo Cristo resucitado nos convoca de nuevo como en el Cenáculo, donde al atardecer del «día primero de la semana» (Jn 20,19) se presentó a los suyos para «exhalar» sobre ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización*²¹» Y es que los lazos que unen la Eucaristía con la evangelización son múltiples y variados:

- **La Eucaristía, contenido del Evangelio.** Ante todo hay que decir que la Eucaristía contiene el núcleo central del Evangelio: la salvación de Dios ofrecida en Cristo. En ella se nos comunica toda la obra salvífica de Cristo, culminación y realización suprema del plan divino sobre el hombre. De ahí que la Eucaristía resuma también toda la historia de la salvación. La Iglesia confiesa que «*la sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua*»²²
- **La Eucaristía, experiencia privilegiada del Evangelio.** La celebración eucarística, además de ofrecernos el contenido de la Buena Noticia, es también un momento privilegiado y único para que nosotros reavivamos, acrecentamos y compartimos nuestra fe, por la escucha de la palabra de Dios y la oración, reforcemos también nuestra esperanza, ya que anticipa y promete nuestro destino glorioso, y, sobre todo, en ella experimentemos el amor incondicional y total de Dios, que nos invita a corresponder con nuestra entrega a él y a los hermanos.

²⁰ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, 39 y 40

²¹ Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 58

²² Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, 5

- **La Eucaristía, móvil y fuerza de la evangelización.** Todos los que se encuentran con el Resucitado se sienten llamados a comunicar a otros: «*Hemos visto al Señor*». Quien participa intensamente en la celebración eucarística y reconoce en ella la presencia y el amor hasta el extremo del Señor, se siente llamado a transmitir a los demás la Buena Noticia: «*Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia*» (Mc 16,15). De ahí que la Eucaristía sea la fuente de todo apostolado, de toda participación activa en la misión evangelizadora de la Iglesia, de todo el testimonio cristiano. Además, la Eucaristía no sólo nos da motivos para evangelizar, sino que también nos da la energía necesaria para hacerlo: «La Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, 22). La evangelización no es nunca una tarea fácil, ya que encuentra obstáculos serios, tanto en nosotros mismos como en los demás. La comunión con el sacrificio de Cristo rompe las ataduras de nuestro egoísmo y de nuestra comodidad, y nos empuja a servir. Incluso crea en nosotros esa valentía o santa osadía que es un don del Espíritu y que nos dispone para ser testigos de Cristo hasta el martirio: «*Hicieron llamar a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en el nombre de Jesús y los soltaron. Ellos salieron de la presencia del sanedrín gozosos de haber merecido tal ultraje por causa de aquel nombre. Y día tras día, tanto en el templo como en las casas, no cesaban de enseñar y anunciar que Jesús es el Mesías*» (Hch 5,41-42).
- **La Eucaristía, fuerza transformadora del mundo.** Si la Eucaristía nos empuja y capacita para difundir la luz del Evangelio en el mundo, nos hace también constructores de un mundo más habitable y plenamente conforme al designio de Dios. Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Anunciar la muerte del Señor comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo "eucarística",...y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio.
- **La Eucaristía, medio y meta de la evangelización.** La celebración eucarística es un acto evangelizador privilegiado porque es la mejor expresión de nuestra fe. En ningún otro momento se visibiliza mejor nuestra actitud de creyentes y el contenido principal de lo que creemos como en este encuentro entre Jesús y sus discípulos, en el que él y nosotros mostramos la esencia de lo que somos y vivimos. Pero, si se la convierte en un simple rito vacío de vida, puede convertirse también en el peor de los antitestimonios. Y es meta, porque está también al final. La meta de la evangelización es la participación plena del hombre en la vida divina, en ese «*banquete del Reino de los cielos*», como dice Jesús. Pues bien, ese banquete final se anticipa en este otro banquete al que somos invitados durante nuestra vida terrena. El mismo Jesús, a quien recibimos bajo las especies de pan y vino, nos saldrá al encuentro directamente, con el rostro desvelado, en la gran fiesta final.

C. REFLEXIONAMOS

Antes de enviar a sus discípulos a predicar el Evangelio y a testimoniar la Resurrección por el mundo, Cristo levantó las manos y los bendijo. Y eso mismo es lo que hace el sacerdote al final de la celebración. La bendición es el eslabón que une la

celebración eucarística con el resto de la vida cristiana. Nos hemos encontrado con Cristo resucitado; ahora se trata de ser testigos de su resurrección en el mundo. Hemos escuchado su palabra; ahora nos toca transmitirla a los demás. Hemos recibido el Pan que da la vida; ahora vamos a vivir la vida nueva. Nos hemos reunido como hermanos; ahora nos dispersamos para ser hermanos de todos los hombres. Hemos alabado a Dios con nuestras oraciones y con nuestros cantos; ahora vamos a convertir nuestra vida ordinaria en una alabanza continua a Dios. Nos hemos asociado a la entrega total de Cristo al Padre y a los hombres; ahora vamos a verificar esta entrega con todas nuestras obras.

Ha acabado la celebración de la Eucaristía. Pero no ha acabado nuestra vida de cristianos. Tenemos toda la semana para vivir la Misa Dominical. Hace un par de meses recordábamos el pasaje de Emaús, en el que los discípulos salían corriendo de nuevo hacia Jerusalén para contar lo que habían vivido. Nosotros, en muchas ocasiones, no vivimos nuestro cristianismo en nuestros ambientes o nos cuesta dar testimonio de lo que hemos vivido en la Eucaristía, pero si hemos participado del banquete del Señor, no podemos quedarnos igual, debemos salir a los caminos a contar que es cierto, que el Señor ha resucitado.

Con esto concluimos las ocho catequesis que nos han ido acompañando durante todo este curso. Que el Señor que nos ha ido acompañando durante el estudio y reflexión en estos meses, nos ayude a ponerlo en práctica.

D. NOS COMPROMETEMOS

- a) *Al terminar estas catequesis, ¿qué es aquello que más nos ha ayudado?*
- b) *¿en qué aspectos hemos descubierto algo que nos ha permitido vivir mejor la Eucaristía dominical?*
- c) *¿Qué compromisos adoptamos para llevar a la práctica todo lo trabajado?*

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA EN LA REDACCIÓN DE ESTOS MATERIALES:

- BENEDICTO XVI: *Deus Caritas est.* 2006
*Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum
Caritatis.* 2007
- BESÓ ROS, Adrià: *Una parroquia de la diócesis valentina: la parroquia de la
Asunción de Ntra. Sra. Siglos XIII-XX.* Parroquia de la Asunción. Torrent. 1994.
- BURGUETE, Martín C.M.: *La Eucaristía, pasado y presente.* Ediciones Fe y
Vida. Teruel. 1991.
- DOMINGO OLIVARES, Francisco: *Entrar en la Misa.* Ediciones Palabra.
Madrid. 2005
- ECHEVARRÍA, Francisco: *Ser cristiano. El kerigma para bautizados.* Ediciones
San Pablo. Madrid. 1994
- LUSTIGER, Jean-Marie: *La Misa.* Ediciones San Pablo. Madrid. 2006
- JUAN PABLO II: *Ecclesia de Eucharistia.* Roma. 2003.
- PAYÀ ANDRÉS, Miguel: *El banquete del Señor, un itinerario eucarístico.*
- VATICANO II: *Lumen Gentium. Constitución dogmática sobre la Iglesia.* Roma
.1964
*Christus Dominus. Decreto sobre el ministerio pastoral de los
obispos.* Roma. 1965
Gaudium et Spes. Constitución pastoral sobre la Iglesia actual.
Roma. 1965.
*Presbyterorum Ordinis. Decreto sobre el ministerio y la vida de
los presbíteros.* Roma. 1965.
- *Ordenación General del Misal Romano.* Edición de 2002.